

Del Moncada

Los muchachos
de *Artemisa*

María de las Nieves Galá León
Felipa Suárez Ramos



Del Moncada

Los muchachos

de *Artemisa*

Del Moncada
Los muchachos
de *Artemisa*

María de las Nieves Galá León
Felipa Suárez Ramos



Casa Editorial
Verde Olivo

La Habana, 2020

Edición: *Felipa Suárez Ramos*

Diseño y realización: *José Ramón Lozano Fundora*

Corrección: *Catalina Díaz Martínez*

Cuidado de la edición: *Tte. Cor. Ana Dayamín Montero Díaz*

Fotos: *Agustín Borrego Torres y Archivo*

© María de las Nieves Galá León, 2020

© Felipa Suárez Ramos, 2020

© Sobre la presente edición:

Casa Editorial Verde Olivo, 2020

ISBN 978-959-224-527-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo

Avenida de Independencia y San Pedro

Apartado 6916, CP 10600

Plaza de la Revolución, La Habana

volivo@unicom.com.co.cu

*“Como el arco rojo de una Gran Cazadora/
salieron estas flechas de coraje y sonrisa”.*

(Del poema Artemisa, de Jesús Orta Ruiz, el Indio Naborí).

*A los jóvenes artemiseños que ofrendaron la vida
por alcanzar sus sueños.*

*A nuestros retoños, con el propósito
de que estas historias alienten sus vidas.*

A los asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes; a los familiares de los mártires que entregaron sus recuerdos a las autoras.

A nuestros seres queridos, cuya luz nos acompaña.

A nuestras familias, madres, hijas e hijos, y también nietos, quienes han seguido con desvelo nuestra obra.

Al colectivo de trabajadores del Mausoleo a los Mártires de Artemisa, en especial a su directora, Mabel Martínez Deuloufeu, por todos los conocimientos compartidos con sencillez y altruismo.

A Daniel Suárez Rodríguez, presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba en la provincia de Artemisa.

A Héctor Arcadio Canciano Laborí, por su insistencia en que se escriba la historia para que nadie olvide el pasado.

A Francisco Acosta, Colo, el amigo entrañable que días antes de morir regaló sus palabras de eterna consagración a la patria.

A María de los Ángeles Alsina Maestre, por su incondicional apoyo.

Desde que se entra a Artemisa se respira el aire del Moncada y de los mártires artemiseños que allí dieron su vida. Al lado izquierdo de la Carretera Central, de Guanajay a la Villa Roja, aparecen los túmulos que indican la partida de los asaltantes hacia Santiago de Cuba; son cubos de mármol y, según afirman, el escultor escogió este elemento geométrico “por ser el más simple y puro”, como representación de las ideas por las cuales lucharon los hombres que el 26 de julio de 1953 asaltaron los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente.

A pocos kilómetros de la entrada al pueblo comienzan a aparecer las imágenes de esa pléyade de jóvenes: unos murieron en el fragor del combate; otros fueron vilmente asesinados, y, unos pocos —Ciro Redondo

García y Julio Díaz González, Julito— lograron sobrevivir en el asalto e incorporarse posteriormente a la lucha revolucionaria. Son rostros hermosos, en la más plena lozanía. Al paso de cada uno de ellos el visitante se pregunta cuántos sueños dejaron de realizar, cuántos proyectos no pudieron alcanzar para que se materializara el ideal de tener una patria libre e independiente.

Eran muchachos sencillos, trabajadores, honestos, patriotas, buenos hijos y hermanos, de valores incalculables. Cuando se unieron a la causa revolucionaria y asumieron las ideas promulgadas por el joven abogado Fidel Castro Ruz, estuvieron dispuestos a morir por ellas. El día que partieron de su querida ciudad inventaron los más disímiles pretextos para no preocupar a las familias, pues iban a una misión secreta, y ninguno sabía a dónde ni a qué.

Fueron sin dudas los padres, y en particular las madres, quienes más sufrieron aquellos terribles momentos. Prisionero en la cárcel de la Isla de Pinos, luego de haber sido detenido en Santiago de Cuba, Ciro Redondo escribió hermosas cartas a su mamá. En una de ellas le decía: “Tú no sabes mamá la sorpresa que me dio ver a papá ya que hacía tanto tiempo que no lo veía y tú mamá, podrás imaginarte los deseos tan inmensos de verte a ti y a mis hermanos y demás familiares”.¹

Artemisa entró en la historia como una “muchacha” rebelde, alegre, hermosa; amante de la independencia, solidaria y combativa. Fueron sus hijas e hijos los que forjaron ese valioso talismán cimentado con los años, entre luchas y combates.

La tierra roja, de flores, de cafetales inmensos y palmares, bondadosa para las siembras, jugosa para las

¹ Carta de Ciro Redondo García a su mamá. En: Museo Municipal Manuel Isidro Méndez, en Artemisa.

piñas y naranjas, insufló esa rebeldía surgida desde la esclavitud. ¡Hasta la conspiración de Rayos y Soles de Bolívar tuvo en ella sus adeptos! Según los historiadores, el 14 de diciembre de 1821 aparecieron en la comarca proclamas vinculadas con ese movimiento, y algunos de los implicados fueron apresados y sometidos a la justicia.

En la segunda década del siglo XVIII los esclavos hicieron sentir su rebeldía. La cruel explotación que los dueños ejercían sobre las dotaciones en haciendas cafetaleras e ingenios azucareros, alcanzó su punto culminante el 7 de enero de 1827, cuando, de acuerdo con los investigadores, se produjo una de las más grandes sublevaciones de aquellos años en el occidente del país, en la cual participaron cincuenta y siete esclavos de la dotación del cafetal Tentativa, propiedad del conde de Lombillo, y con ramificaciones en los cafetales La Reunión y La Manuela, y el ingenio Dolores, situados en el partido de Puerta de la Güira.

No fue la única rebelión que estuvo matizada por la sangre de numerosos esclavos y la persecución de aquellos que lograron huir. Seguirían después muchas otras insurrecciones, las cuales tendrían un punto esencial en la conocida Conspiración de la Escalera, cuyo representante principal fue el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido como Plácido.

Cuentan que el negro libre Felipe Zayas, de aceptable posición económica, representó a los artemiseños en ese movimiento. Valientemente se enfrentó a un pelotón de soldados que lo custodiaban en tanto registraban su finca. La anécdota quedó para la historia, pues con un machete sin filo, el hombre mató a catorce soldados armados con sables y fusiles.

Imposible no mencionar en este pequeño prefacio al general de división Alberto Nodarse Bacallao, el ilustre

artemiseño que enaltecíó el nombre de sus compatriotas en la gesta libertaria de 1895. Incorporado al Ejército Libertador en agosto de ese año, peleó bajo las órdenes del mayor general Carlos Roloff Mialofsky y por sus méritos llegó a integrar el Estado Mayor del mayor general Antonio Maceo Grajales, a quien acompañó como Ayudante de Campo, hasta la caída de este en San Pedro, el 7 de diciembre de 1896.

El libro constituye un sencillo homenaje a los valerosos jóvenes que se lanzaron a conquistar la libertad definitiva de la patria. Las historias aquí contadas han sido recreadas, fundamentalmente, a partir de los testimonios ofrecidos a las autoras por algunos participantes en las acciones, así como por familiares y amigos de los héroes. También recoge, como anexos, una entrevista a la Doctora en Ciencias Jurídicas Marta Prieto Valdés, profesora titular de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, sobre los principios del Derecho Procesal violados durante el juicio seguido a los asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, y, por la información histórica en él contenida y con el consentimiento de sus autores, el artículo Fundación del Movimiento 26 de Julio en Artemisa, de José Antonio Fernández Riesgo y Daniel Suárez Rodríguez.

La fragancia de Artemisa

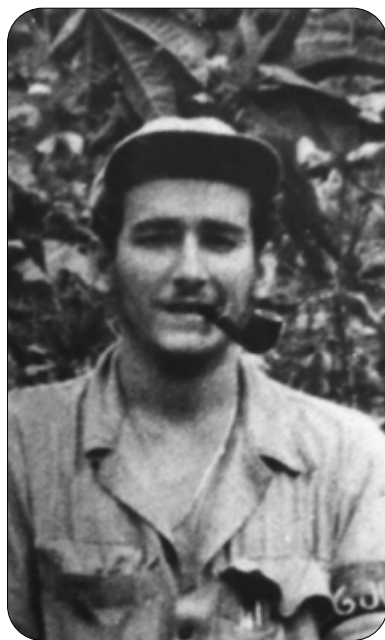
El olor de las gardenias quedará por siempre; así huele Artemisa, con esa fragancia que se desparrama nada más cruzar la línea del ferrocarril. A veces el lugareño que retorna piensa que es solo una idea; pero no, está ahí, como para perpetuar su infancia, la casa de sus padres, el lugar de sus héroes...

A la entrada de Artemisa, proveniente de La Habana, el rostro de los mártires del Moncada da la bienvenida al viajero; en el sentido contrario, unos cubos de mármol a ellos dedicados representan la pureza de las ideas por las cuales lucharon.



También aparecen a intervalos, como difusos, los azahares de los naranjales sembrados en esta fecunda tierra, maravilla de la naturaleza. El parque de La Libertad —nombrado así a sabiendas de qué lejos estaba el país de gozar tal derecho— sigue estando ahí, con sus árboles, algunos de los cuales han sobrevivido vientos y huracanes, inviernos y veranos; también los bancos, testigos de amores y desamores, de confesiones hermosas y lágrimas derramadas. En una de sus esquinas se sentaban los muchachos. Miraban pasar a las jóvenes que, bonitas, de ojos grandes, pelo recogido, vestidos debajo de las rodillas, o sayas anchas y plisadas, les coqueteaban; hasta tres iban cogidas de las manos, daban dos y tres vueltas...

Ciro Redondo las miraba; Julito Díaz, más afortunado, era admirado por ellas y en más de una ocasión recibía una mirada amorosa. No eran muchas sus horas de esparcimiento. Para su edad, tenían misiones de grandes, de adultos; muchos ni siquiera habían tenido tiempo para los juegos ni tampoco accedían a los juguetes, porque a las familias de escasos recursos les resultaba realmente imposible destinar dinero a tales lujos.



Ciro Redondo García, asaltante al cuartel Moncada y expedicionario del yate *Granma*. Capitán rebelde caído el 29 de noviembre de 1957 en el combate de Mar Verde, en la Sierra Maestra y ascendido *post mortem* al grado de comandante. Es la figura representativa de la provincia de Artemisa.

Horas antes

Temprano en la mañana del 24 de julio de 1953, los jóvenes artemiseños que participarían en la acción organizada por Fidel Castro Ruz recibieron la orden de trasladarse hacia La Habana. Nadie sospechaba cuál era el destino final. En varios hogares del reparto La Matilde comenzaron a dar explicaciones un tanto extrañas para los familiares. Según recordó Lazo:

[...] A las once nos informaron que debíamos estar en la esquina de 23 y 30 en el Vedado, a las siete de la noche, llevando una muda de ropa extra. Rápidamente regresé a mi hogar para comenzar los preparativos de la partida y traté de hallar una explicación adecuada, a fin de que nadie sospechase acerca del verdadero objetivo de nuestro viaje. Alrededor de la una de la tarde salí a pasear por el pueblo “en forma despreocupada”.²

Muchas personas se agrupaban en las tiendas; unas adquiriendo los más costosos productos y otras añorando frente a las vidrieras lo que les era imposible comprar porque no tenían un centavo en los bolsillos; algunas, ancianas, se hallaban sentadas en el parque de La Libertad, entre ellos veteranos de la última guerra de independencia que recordaban los combates librados en la manigua, y más de una vez salía a colación el 7 de diciembre de 1896, cuando el valiente general Antonio Maceo cayó en combate, en San Pedro.

Los sueños de los mambises quedaron truncados bajo la penumbra de una república neocolonial, servil al gobierno estadounidense, con la vergüenza de la Enmienda

² Mario Lazo Pérez: *Recuerdos del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 29-30.

Platt como herencia. Unos tras otros, los gobernantes de turno dejaban en el olvido los intereses del pueblo, para llenar las arcas propias y de la burguesía que los sostenía.

El golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista Zaldívar el 10 de marzo de 1952, estremeció a la juventud. Ese propio día, en horas de la mañana, en la Villa Roja, trabajadores del Bar Millar, dirigidos por José Lavandera Collazo, protestaron. Por su parte, los estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza, encabezados por René Rivera y Lucas Ponzoa, entre otros, tomaron la institución, se declararon en huelga y salieron en manifestación.

Fueron esas las primeras acciones de repulsa, tanto de los trabajadores como de los estudiantes, a la artera acción que mancharía con sangre la patria. A la altura de julio de 1953, de forma extremadamente secreta, un numeroso grupo de jóvenes tenía claro que el destino de Cuba no podía quedar en manos de un tirano, usurpador del poder constitucional.

Antonio Betancourt Flores anunció a su familia que iría a Las Villas a hacer un negocio de ganado. Algunos recordarían sus palabras: “Este negocio conviene a muchos otros”.³ El 24 de julio se levantó muy temprano y, sin dar mucha explicación, “le pidió al hermano que le entregara un pantalón, un pulóver de punto, el reloj y la cadena. A cambio le dejó la ropa de él”.

Más extraño le resultó ese día a su hermano mayor su invitación a beber cerveza. Antonio no tomaba y no le gustaba que él lo hiciera. Para esa fecha la familia tenía previsto inaugurar una carnicería, y con vistas a celebrarlo habían organizado una fiesta en la cual disfru-

³ Salvo que se indique lo contrario, los entrecorillados incluidos en este capítulo fueron extraídos de *Mártires del Moncada*, síntesis biográficas inéditas facilitadas por Daniel Suárez Rodríguez, presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (Unhic) de la provincia de Artemisa.

tarían de arroz con pollo y cervezas. Pero Antonio no se apareció y decidieron comenzar sin él. Su hermano se sentía preocupado. Los amigos le preguntaban qué le pasaba, y empezó a tener un presentimiento. Le parecía escuchar las palabras tantas veces dichas por Antonio: “Esto tiene que cambiar, estoy seguro que cambiará; no es posible tanta injusticia; vendrán días buenos, muy buenos para todos, pero tenemos que luchar para que puedan llegar esos días”.

Carmelo Noa Gil andaba más de prisa que de costumbre. Llegó a la vaquería en la cual laboraba y pidió unos días libres, porque se iba a ausentar del pueblo. Era un trabajador disciplinado y no tuvo problemas para que se los concedieran. Precisamente, en esos momentos, se presentó allí Julito Díaz, quien fue a su encuentro. La entrañable amistad entre ellos tenía lazos que los uniría por siempre. Carmelo salió vestido con un pantalón de mezclilla azul y camisa blanca; en un papel envolvió una muda de ropa y se despidió de su madre.

A pocas horas de partir, Emilio Hernández visitó el central Andorra —posteriormente Abraham Lincoln—, a unos cinco kilómetros de distancia de Artemisa. Antes de salir le pidió a su mamá, Amada Cruz Hernández, que le tuviera preparado el baño “y una muda completa en un paquetico, pues cuando regrese sigo para Santiago de las Vegas”.

Contó Amada que ese día “llegó de Andorra a las cuatro de la tarde, se bañó y vistió”. Después daba vueltas en la sala de la casa hasta que se metió una de las manos en un bolsillo del pantalón y extrajo dos monedas estadounidenses de veinticinco centavos, y le pidió: “Guárdalas, que yo sé que te gustan mucho”, y la abrazó para despedirse. Al llegar a la puerta se paró, la miró como nunca antes lo había hecho, y alzando la voz de forma no acostumbrada le dijo: “Cuando las madres tienen

tantos hijos machos en el mundo, tienen que tener un poco más de valor”.

Las ausencias del hogar para las prácticas de tiro y reuniones de la célula le ocasionaron a Flores Betancourt Rodríguez más de un disgusto con Carito, su esposa. En los últimos meses él, que acostumbraba a estar temprano en su casa, empezó a llegar tarde y a ella le asaltaron los celos. Hasta pensó en la existencia de otra mujer en su camino.

Esa preocupación se la hizo saber a Rosa, la madre de Flores, quien defendía la nobleza de su hijo. “¡Él está enamorado de ti, no lo dudes!”, le decía a la joven en cuyo vientre palpitaba la hija que Flores no llegaría a conocer. Él, con dolor, soportó los reclamos de su amada, pero jamás dijo nada que pudiera delatar las actividades en las cuales estaba involucrado.

Según refieren, el 22 de julio, unos días antes del Moncada, hubo una conversación entre la madre, Carito y Flores, acerca del bebé que estaba por nacer y él manifestó: “¡Quién sabe el que lo criará!” La madre le respondió: “¿Quién va ser?, los mismos que los criamos a ustedes”. La conversación quedaría en la mente de Rosa, porque esa frase la pronunció dos veces. El viernes 24 expresó que iba a San José de las Lajas, a casa de una tía, y no lo vieron más.

Gregorio Careaga también anticipó a su pequeño hijo Tony: “Voy al campo por unos días, para que en el futuro a ti no te falte nada”. Tiempo después su hermana Caridad recordaría que le extrañó la excusa ofrecida para no asistir a su boda, a celebrarse el 7 de septiembre de 1953.

“No tengo zapatos”, le manifestó, lo cual a ella le resultó sospechoso porque horas antes se había comprado un par nuevo, que precisamente estrenó en el Moncada. Caridad comentó que Gregorio afirmó “que por lo único que daría la vida era por la libertad de Cuba”.

En la mañana del viernes 24 de julio, Guillermo Granados regresó con dos pollos y se los entregó a su esposa, Iraida Moreno, sobrina de Gregorio Careaga, y le dijo: “Mira, te traigo esto para que el domingo me hagas un arroz con pollo y natilla, que yo vengo temprano a almorzar. Hoy tengo que irme para La Habana a una reunión política”.

Le pidió que le sacara la guayabera nueva y, además, le preparara una muda que llevaría por si le hacía falta. Aquello sorprendió a la esposa, quien insistió en saber detalles acerca de la reunión y, sobre todo, las razones por las cuales necesitaba una muda de ropa adicional

Pero cuando él, de forma tierna, se acercó a su hijo Guillermito, de once meses, y lo besó en una mejilla, la suspicacia de Iraida se trocó en preocupación, mucho más cuando le dijo: “Cuídalo bien, para si yo muero, te quede otro Guillermo que haga por ti...”.

Al poco rato llegó a la casa Gregorio Careaga, en busca de Guillermo para partir hacia La Habana. Antes de salir, el hombre no pudo evitarlo, volvió a besar a su hijo y a ella le acarició el rostro, la besó también, y le reiteró que regresaría el domingo, pues no le gustaba estar tanto tiempo ausente de la casa.

Unas tras otras se repitieron historias similares. La familia había identificado en Rigoberto Corcho su sentido de justicia; en más de una ocasión él había manifestado su aversión a la tiranía. Una noche llegó contento y se sentó a conversar junto a su mamá y hermanos. Les mostró un obsequio y les comentó: “¿A que no saben quién me dio este tabaco? ¿No te imaginas viejita?, fue Fidel, el dirigente de la ortodoxia”.

Miró a la madre y en sus palabras dejó entrever su admiración por aquel hombre en quien tanto confiaba: “Mamá, un día lo voy a traer a casa y te lo voy a presentar, para que veas que hombre tan bueno es”.

Después de recibir la orden para la movilización, no quiso almorzar. A nadie le llamó la atención que se afeitara y se pusiera la guayabera, porque otras veces, por su condición de viajante, lo hacía. En esta oportunidad, le explicó a su mamá que iba a “conocer una nueva línea de ventas en Santa Clara y estaría tres días ausente”.

No obstante, hubo un detalle diferente. Momentos antes de salir, se acercó a su hermana Edelma, quien se encontraba enferma, y le entregó su reloj pulsera. Ella se opuso, porque ¿cómo iba a salir sin reloj, si a él le gustaba tanto! Pero Rigo insistió: “Para que sepas la hora en que tienes que tomar las medicinas”.

Ese día, la madre de Ismael Ricondo se preparaba para a la mañana siguiente ir al médico a hacerse un drenaje, debido a un padecimiento hepático. Siempre era Ismael el encargado de llevarla. Minutos antes, el joven se le acercó y besó con la misma ternura, pero con una preocupación visible en la mirada. Le comentó: “Mima, me voy con Ciro a Varadero en su máquina. Al regresar iré con él a Matanzas. Así que no llegaré aquí hasta el domingo”.

La madre vio muy natural la preocupación del hijo y queriendo que fuera feliz en el paseo trató de tranquilizarlo, con respecto a su visita al médico. Poco antes le había preguntado:

—“¿No vas a comer?”

—“No, mima, voy a comer en casa de Ciro”.

Y se apresuró a vestirse con un pantalón carmelita, guayabera blanca y zapatos negros. Ella lo ayudó a preparar la ropa que envolvió después en un paquete. Todo resultaba natural, porque Ciro Redondo era el compañero inseparable de su hijo desde que este comenzó a estudiar teneduría de libros en la Academia Pitman.

Para la familia de Marcos Martí, las ideas revolucionarias de su hijo estaban bastante claras. Tiempo des-

pués de los sucesos del Moncada, el padre recordó un hecho ocurrido el 28 de enero de 1953, en el cual estuvo involucrado su hijo. En esa fecha tan significativa para la patria, en el barrio de Mojanga, elementos batistianos pretendieron hacer un acto con marcada intención politiquera. Cuando Marcos lo supo, se encolerizó y expresó: “En una fecha como esta, cómo se atreven a invocar el nombre de Martí”. De inmediato se dispuso a impedirlo y con un amigo, armados de un madero y un machete, se atravesaron en el camino para cerrarle el paso a la comitiva que se trasladaba en una guagua.

En la tarde de su último día en Artemisa, Marcos le pidió a Gudelia Rodríguez, la madre, que preparara la comida, pues tenía que ir a trabajar en el almacén de víveres Carvajal, situado a medio kilómetro del pueblo, donde había comenzado hacía solo unas semanas. Alto, de fuerte complexión física, se dedicaba a cernir arroz, coser sacos o cualquier otra cosa. De allí salía muchas veces con José Suárez Blanco, Pepe, y Severino Rosell González para realizar prácticas de tiro. En casa las excusas se repetían: presumiblemente iba a pescar o a jugar pelota. Por eso, ese viernes Gudelia no insistió. Cuando menos lo pensara, él volvería, como otras veces, por lo cual no había que pedirle tantas explicaciones.

Varios fueron los pretextos, pero cuando el 24 de julio de 1953, treinta artemiseños —dos desistieron durante el trayecto— de seis células clandestinas partieron rumbo a La Habana convocados por el movimiento revolucionario y por Fidel, no sabían exactamente cuál era su destino, aunque sí tenían claro que iban a cumplir la misión de sus vidas.

Según Ramón Pez Ferro. “Nos citaron para que cada cual se reuniera donde le indicaban. Yo lo hice solo, en la ruta. 35”, dijo en una entrevista.

Por su parte, Mario Lazo Pérez describe en su testimonio *Recuerdos del Moncada*, que a alrededor de las cuatro y treinta de la tarde llegaron los primeros de su grupo a la terminal —Rosendo Menéndez García, Tomás Álvarez Breto y él— y “observamos que aún faltaban Emilio Hernández y Rigoberto Corcho. Entonces decidimos hacer tiempo tomando café, desde donde podíamos ver cuando ellos hicieran su entrada en la estación. La espera no fue larga y pronto vimos aproximarse a nuestros compañeros”.

Afirmó que Rigoberto Corcho López, tras un breve silencio, miró a su alrededor y expresó: “Todo listo para partir”.

“Todos asentimos, y a las cinco tomamos el ómnibus No. 1004 de la ruta 35 (vía 23), con destino a la capital”, escribió Lazo.⁴

De acuerdo con lo expuesto por el hoy Comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez, en entrevista concedida a la periodista Arleen Rodríguez Derivet, en el programa televisivo Mesa Redonda, el 19 de agosto de 2018, ellos imaginaban que en diciembre de 1952, se produciría la acción militar.

Pensábamos, desde luego, que era en Columbia, y varias veces vinimos Julio, Ciro y yo a explorar Columbia para ver por dónde se podía entrar, a nadie nosotros le habíamos dicho nada, pero nosotros pensábamos que era en diciembre y en Columbia. Estuvimos en casa de la abuela de Gerardo, que vivía contiguo al muro de Columbia, y de ahí observábamos y veíamos, y dijimos bueno, llegamos a la convicción, que no pasábamos de la calle, y entonces dijimos, vamos a despedirnos de la vida.

⁴ Mario Lazo Pérez: *Ibidem*, p. 30.

Meses después tendrían certeza del lugar. A lo largo de toda la Carretera Central, bajo la sombra de los laureles que aún perduran, los muchachos miraron con añoranza el paisaje; eran el amor a la patria chica y la devoción por la patria grande los que los llevaría a convertirse en mártires y héroes de la nación.

La cuna y el barrio

A la hora de hablar de los jóvenes que partieron de Artemisa para participar en las acciones del 26 de julio de 1953, surge reiteradamente el nombre de La Matilde, pues fueron muchos los que vivían en ese barrio o estaban relacionados con él, entre ellos algunos que llegaron a integrar la expedición del yate *Granma* y el Ejército Rebelde.

La Matilde —hermoso nombre de mujer— puede considerarse como la otra madre de estos hijos de Artemisa; la patria chica que amamanta a sus críos desde pequeños, les muestra la luz de la vida, el verde de los campos, el valor de la libertad. Claro que hubo de otros sitios que también fueron grandes, pero en La Matilde creció ese fervor que se extendió por la Villa Roja.

No pocos se han preguntado qué savia nutrió a aquellos muchachos con alto concepto del honor, la dignidad y el patriotismo.

En su mayoría procedían de hogares humildes, que con esfuerzo lograban que sus hijos pudieran aprender las primeras letras. Se criaron como hermanos. Algunos compartieron la misma escuela, los mismos maestros, y jugaban pelota en el terreno que hicieron a fuerza de correr de un lado a otro, como una gran familia. Una foto tomada en la escuela pública ubicada en General Díaz y calle 3, a alumnos del curso 1938-39, descubre a cuatro niños que décadas después estarían juntos en el Moncada: Ciro Redondo García, Rigoberto Corcho López, Rosendo Menéndez García y Mario Lazo Pérez.

Contó Lazo que en ese entonces cursaban el segundo grado. Él inventó varios pretextos para no incorporarse al grupo, pues la foto costaba veinte centavos y en su casa no tenían con qué pagarla. Pero sus amigos insistieron y finalmente, su hermano y él posaron para la imagen. Decírselo a la madre fue un dilema, pues contrajeron una deuda que solo pudieron saldar con el apoyo de su padrino, Segundo Vigoa, quien les facilitó el dinero.

En su libro *Recuerdos del Moncada*, Mario rememoró la decepción por él recibida el 6 de enero de 1939, cuando escribió una carta a los Reyes Magos solicitándoles un guante, un bate y una pelota para jugar su deporte favorito, pero solo encontró una mascotica y un saco de bolas, lo único que sus padres habían podido comprarle. Ese día, además de aprender que tales personajes no existían, comprendió que los niños pobres no podían tener sueños grandes. Quizás de ahí brotó la primera chispa que alimentaría su corazón rebelde.

En familia muy pobre y modesta creció Ramiro Valdés Menéndez, “la casa era de piso de tierra y el techo era de cartón y cuando llovía, como suele decirse, llovía más adentro que afuera”. Las limitaciones eran grandes, pero se nutrió de la honestidad y los valores patrios inculcados por Ofelia, la madre, ferviente martiana y cespedista.

Humilde fue también la familia de Antonio Betancourt Flores, tercero de los ocho hijos de Sergio Betancourt y Asunción Flores. El mísero salario que recibía el padre como obrero agrícola, apenas alcanzaba para que la prole comiera; por ello, ya a los siete años Antonio ayudaba a su familia como mandadero, labor por la cual le pagaban veinte centavos a la semana. Tal vez eso influyó en que desde niño tuviera un carácter serio, como si de un hombre se tratara.

Cuando los padres, en busca de alguna mejora, se mudaron de la finca Santa Rosa, cerca de Puerta de la Güira, para una humilde casa en el reparto La Matilde, Antonio matriculó en la escuela Monseñor González Arocha. La realidad se impuso y tuvo que abandonar los estudios para ayudar en la búsqueda del sustento familiar, y solo pudo alcanzar el tercer grado, suficiente para tener claridad de que el destino de Cuba solo podría cambiarse con una transformación radical en la sociedad.

Esa conciencia social continuó desarrollándose en él. Era todavía un adolescente cuando obtuvo un trabajo en el almacén Carvajal, algo irónico, porque no le pagaban salario alguno, pero mantenía la posibilidad de lograr con posterioridad un puesto, tal como le ocurrió a los dieciséis años cuando consiguió una plaza como estibador: ¡tenía que cargar sacos de más de trescientas libras!

Un día resbaló y se le presentó una hernia, por lo cual tuvo necesidad de operarse. En 1951 lo dejaron cesante. En esa situación, él y su hermano Nicomedes emprendieron un negocio de carnicería con su tío Juan, hermano de la madre. Ramiro Valdés, Pepe Suárez, Guillermo Granados, Severino Rosell y Tomás Álvarez Breto, entre otros, serían sus amigos y compañeros de lucha.

Muy cercano a Antonio estuvo su primo Flores Betancourt Rodríguez, quien nació en el propio barrio de

La Matilde. Su humilde hogar estaba situado en la calle Baire, sin número. Juan, el padre, trabajaba como pica-pedrero en las canteras, labor fuerte y mal pagada.

No fue muy diferente la niñez de Gregorio Careaga Medina. Si alguien sabía de miserias en Cuba era el obrero agrícola, con salario paupérrimo, cuando tenía la suerte de encontrar trabajo. Todavía niño, Gregorio debía levantarse muy temprano para acompañar al padre a las labores del campo. Apenas aprendió a escribir. Para que la familia subsistiera, realizó infinidad de labores: vendedor de periódicos, cocinero, albañil, y hasta funerario, siempre buscando algo en pos de mejorar la economía familiar.

El padre de Emilio Hernández era igualmente obrero agrícola, y con los pocos centavos que ganaba tenía que mantener a una numerosa prole de nueve hijos: siete varones y dos hembras. Tampoco Emilito pasó del tercer grado, pues tenía la responsabilidad de ayudar a sostener el hogar. Por ello, a los once años, a escondidas de los padres, entró en un taller de carpintería para aprender un oficio, y así aportar algo más a la casa.

Si bien antes de partir hacia el Moncada trabajaba en un taller de pintura, esto era como suplente, pues nunca pudo tener un empleo fijo. “Con esta juventud y estos brazos fuertes y que no pueda encontrar trabajo”, expresó con sentidas palabras en una oportunidad.

A La Matilde también llegó la familia de Rigoberto Corcho López en 1933, cuando él tenía dos años de edad. Según contaban, tuvieron que salir del central Pilar porque fueron desalojados después de haber apoyado una protesta obrera que exigía un jornal de ochenta centavos y ocho horas de labor.

Si bien a los nueve años, al quedar huérfano, Rigoberto tuvo que empezar a trabajar, no abandonó los estudios; se mantuvo en la escuela No. 1 hasta concluir el quinto grado. Posteriormente matriculó en la Academia

Pitman, donde cursó el sexto y estudió teneduría, taquigrafía y mecanografía. Su empeño lo llevó a ganar un puesto en la agencia Westinghouse.

En consideración de Pez Ferro, en entrevista con las autoras, fue esencial el hecho de que Pepe Suárez, iniciador del movimiento en el entonces territorio pinareño, viviera al lado de La Matilde. “El reparto llegaba hasta la línea del tren, y Pepe vivía a una cuadra después de esta, pero respirábamos el mismo ambiente. Por esta razón, y por conocer nuestras posiciones revolucionarias e ideas progresistas, se acercó primero a sus compañeros de la ortodoxia, quienes vivíamos en La Matilde”.

A lo anterior, agregó:

Por eso es que en la célula central estábamos Ramiro Valdés, Julito Díaz, Ricardo Santana, Rosendo Menéndez, Mario Lazo, Ciro, Marcos Martí, Marino Collazo, y yo... vecinos del mismo barrio. De esos primeros compañeros que integramos el movimiento, todos de La Matilde, algunos se convirtieron en combatientes relevantes, como Ramiro Valdés; Julito Díaz y Ciro Redondo.

“(...) En La Matilde, fue donde nacimos, nos criamos y nos conocíamos con profundidad y teníamos la confianza unos con los otros... éramos hermanos de la vida y después fuimos de la Revolución (...)”, expresó Ramiro Valdés en la referida entrevista.

Pijirigua desde el corazón

El nombre de Pijirigua, según narraba la abuela María Borrego, procedía de una leyenda indígena. Así se lo contaron a ella sus padres: Allí habitaba una pareja de indios, Piji y Cigua, hasta que llegaron los españoles y uno trató de conquistar a Cigua. Airado, Piji no lo permitió y

con sus propias manos fue hacia el hombre y este lo mató. Desesperada, Cigua se quitó la vida. El amor de la pareja quedó inmortalizado cuando todos empezaron a llamar a la localidad como Pijirigua.

El portal digital del gobierno en Artemisa expone que el nombre de Pijirigua deviene de una pareja de esclavos muy enamorados; ella llamada Pilar y él Jirigua. Los enamorados tuvieron el consentimiento del colono para el casamiento, y para vivir se les dio una casita de madera próxima a un camino.

Todos admiraban y querían a aquella pareja, hasta un día en que un incendio quemó todas las casas del lugar. Ella murió primero y después él, agobiado por los sufrimientos, también falleció. Fueron enterrados cerca del camino y, al pasar el tiempo, las lluvias borraron casi por completo el nombre de ella. Transcurrido un tiempo, cuando alguien preguntaba alguna dirección, todos le decían que era cerca de donde estaba el matrimonio enterrado. Así, con el Pi de Pilar y Jirigua, nació Pijirigua.

¿Cuál de las dos versiones? ¿Ficción o realidad? A estas alturas nadie puede decirlo. Los más viejos han partido. Quizás la imaginación de la abuela creó la historia, u otros la inventaron. Lo cierto es que el barrio, surgido a unos ocho kilómetros de Artemisa, tuvo vida propia, incluso, allí existió un juzgado donde fueron inscriptos muchos hombres y mujeres de otros lugares.

En la memoria de los mayores quedó también el paso de los mambises por la zona y, en no pocas casas, la veneración hacia el general Antonio Maceo. En algunas de ellas, incluso, una foto del Titán de Bronce perduró en las paredes.

Del nombre de Pijirigua se pudiera decir más, y siempre estará permeado por la leyenda. Lo que sí no es mito, sino motivo de orgullo, el considerable número de jóve-

nes que salieron de este pequeño barrio para participar en las acciones del Moncada.

A sus noventa años de edad, Francisco Acosta, Colo, recordó a varios de ellos, en particular a José Antonio Labrador Díaz y Fidel Labrador García:

Llegué al barrio en 1945. Vivíamos en la finca Santa Ana, perteneciente a José Pestana Cabello, quien la tenía arrendada, pues en realidad era de Gerónimo Martinto. Resulta que mi familia era seguidora del Partido Auténtico, y como no votamos por Batista nos desalojaron del rancho. Mi padre, Jacinto Acosta, mambí que peleó bajo las órdenes de Serafín García, se encolerizó. Esa gente no respetaba a ningún patriota.

Así llegamos a Pijirigua, le compramos el terreno a otro veterano de la independencia que vivía aquí, nombrado Alejandro García. Enseguida me relacioné con los muchachos de aquí, que también tenían inquietudes políticas. Pertenecíamos a la Juventud Ortodoxa y, además, trabajábamos juntos en la siembra y recogida de piña.

Al describir a José Antonio, lo detalló como una persona muy noble, sencilla, preocupada por sus compañeros.

Éramos obreros agrícolas en la finca La Esperanza, de Elasio Martínez, y en la El Suizo, de Pedro Iturralde, con salarios muy bajos: el canasteo de piñas lo pagaban a dos pesos con ochenta centavos; y cuando laborábamos en la caña, un peso con setenta y cuatro centavos.

A veces, los miembros de la Juventud Ortodoxa nos reuníamos en el billar. Recuerdo que una vez

hacíamos una actividad en apoyo a Eduardo Chibás, y cuando más contentos estábamos se apareció un guardia de apellido Reyes, y nos quería llevar presos. Por suerte, el cabo Joseíto Díaz, sobrino de mi mamá, intervino y le dijo que no había motivos, pues nosotros no nos estábamos metiendo con nadie.

Apuntó Colo que nunca sospechó de los actividades revolucionarias de José Antonio, Fidel y Ramón Callao Díaz, pues de haberlo sabido hubiera estado entre los asaltantes. “Fue todo muy secreto, incluso, por aquí hubo una finca en la cual hicieron prácticas de tiro”.

La niñez de José Antonio fue triste. Nació en la finca Vidal, en el barrio de San José, en el kilómetro cuatro de la carretera de Viñales, en Pinar del Río. A los siete años quedó huérfano de madre y su padre se trasladó a Pijirigua con sus tres hijos. Como otros tantos de su generación, no tuvo infancia, pues a los ocho años de edad se vio obligado a comenzar a trabajar. En el campo hizo de todo un poco: repartió leche, guataqueó, cortó caña... Sin dudas, su incorporación al movimiento insurreccional que organizaba Fidel Castro fue a través de su primo Fidel Labrador García.

Rebelde, así recuerdan a Fidel Labrador, quien muy temprano se rebeló contra las injusticias cometidas con los trabajadores agrícolas. Muy joven empezó a trabajar en el envasadero de piñas de Pijirigua, propiedad del senador y magnate Manuel Pérez Galán.

De los primeros en incorporarse a la Juventud Ortodoxa, se convirtió en su dirigente en el barrio y también en delegado de este en la municipalidad de Artemisa. Como tantos otros de su tiempo, se pronunció contra el golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista, y

participó en manifestaciones de protesta contra el tirano.

El pijirigüeño Fidel Labrador estuvo entre los seleccionados para las prácticas de tiro en diferentes sitios de la localidad, junto con Ciro Redondo, Julito Díaz, Ramiro Valdés y otros, que se adiestraron en el manejo de las armas. Cuentan que sobresalió por su buena puntería.

Contra la tiranía

Cuando el domingo 5 de agosto de 1951, Eduardo René Chibás Ribas, líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), denunció ante los micrófonos de la emisora radial CMQ la deshonrosa política del presidente Carlos Prío Socarrás, expresó: “¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Este es mi último alda-bonazo!”⁵

Acto seguido, el popular líder se realizó un disparo a consecuencia del cual falleció el 16 de ese mes. Según escribieron participantes en el sepelio, este constituyó una gran demostración de duelo por parte del pueblo capitalino, al cual, incluso, se sumaron simpatizantes de otras regiones del país.

⁵ En Mario Lazo Pérez: *Artemisa: uno de sus héroes*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1973, p. 60.

Innumerables artemiseños habían seguido con desvelo las noticias sobre Chibás, durante los once días que permaneció en estado grave. Integrantes de la Juventud Ortodoxa formaron comisiones para asistir al velorio y entierro del reconocido camarada.

Al siguiente año, el 10 de marzo, a solo ochenta y un días del 1.º de junio, día para el cual estaban fijadas las elecciones presidenciales, el pueblo cubano despertó con la funesta noticia del golpe de Estado encabezado por Fulgencio Batista Zaldívar.

En Artemisa, como en otras tantas partes de la Isla, jóvenes ortodoxos y estudiantes se agruparon frente al Instituto de Segunda Enseñanza, dispuestos a enfrentar aquella ofensa a la patria.

En La Habana, el abogado Fidel Castro Ruz redactó un valiente manifiesto titulado Revolución No, ¡Zarpazo!, en una de cuyas partes señaló: “Yo invito a los cubanos de valor, a los bravos militantes del Partido glorioso de Chibás; la hora es de sacrificio y de lucha, si se pierde la vida nada se pierde [...] ¡Morir por la Patria es vivir!”⁶

La difícil situación económica que vivía el país, y los sueños de un cambio necesario, hicieron posible que la Juventud Ortodoxa, fundada entre 1948 y 1949, tuviera muchos adeptos entre los artemiseños. Según muestran los datos proporcionados por Daniel Suárez Rodríguez, historiador de la actual provincia de Artemisa, la asamblea constituyente de esa organización juvenil tuvo lugar en la Sociedad Luz y Caballero, “que al no contar tampoco con sede propia debía efectuar sus encuentros y reuniones en el Parque Libertad y en la cafetería El Gran de París, situado en la calle República, al fondo del Hotel Campoamor y frente a la puerta principal de la iglesia católica”.

⁶ *Ibíd*em, p. 66.



Vista actual del Parque Libertad.



Sociedad Luz y Caballero.

Refiere el investigador que “la máxima dirección de la ortodoxia joven artemiseña quedó conformada por Rodolfo Torres como Secretario General, José Suárez Blanco como Secretario Organizador, Argelio Mederos como Secretario de Divulgación y Propaganda y por Narciso Quintana como Secretario de Actas”.

Los miembros eran trabajadores y obreros agrícolas, muchos residentes en los barrios de Las Cañas, El Pilar y Pijirigua; algunos de ellos estarían después entre los asaltantes al Moncada. La ardua labor de captación, tanto en la ciudad como en el campo, hizo posible que, de acuerdo con los historiadores, en 1951 la Juventud Ortodoxa estuviera integrada por unos doscientos cincuenta miembros.

Ello puede explicar por qué en lugares como Pijirigua, donde en ese entonces la población no superaba las quinientas personas, varios jóvenes formaran parte de la Juventud del Centenario.

Según narró Ramiro Valdés, en la citada entrevista, el 10 de marzo de 1952 estaba tirando caña para los centrales Pilar y San Cristóbal, y en el propio campo, como a las cuatro de la mañana, pusieron la radio para oír música, y todo era silencio, solo se mantenía Radio Reloj dando el tic tac y la hora. Todos se preguntaron qué había pasado.

Quando llegamos al ingenio, entre 10 y 11, nos enteramos que Batista había dado un Golpe de Estado, bueno mi alegría fue tremenda... Le dije al hermano del dueño del camión, que era el chofer: "ahora éste las va a pagar todas, las de antes y las de ahora, y nos tocará a nosotros, a la juventud, enfrentar esto, porque ni Millo Ochoa, ni Pardo Llada, ni Agramonte, ni nadie va a enfrentar esto, los únicos que van a enfrentar esto aquí somos nosotros, es la juventud". Y de ahí me fui caminando, son unos 15 km desde el ingenio hasta Artemisa y allí contacté con Julito, contacté con Ciro, contacté con Gerardo y nos fuimos a ver a Pepe Suárez.

Pepe Suárez era una especie de mentor político de la Juventud Ortodoxa, pero él no era el secretario de la Juventud, el secretario de la Juventud era un compañero llamado Rodolfo, y Pepe sí era de la Juventud en Artemisa, tenía un cargo, una secretaría de la Provincial y de la Nacional. Él no se había enterado aún del golpe de Estado, él estaba durmiendo, y entramos al cuarto, los despertamos y se lo dijimos. Ya nosotros escuchábamos a Fidel, por una hora de radio que él tenía aquí en La Habana y le man-

dábamos alguna información a través de René Rodríguez de las propiedades que tenía aquí (el ministro) Alemán, donde tenían fuerzas del Ejército y otras trabajando ahí, (datos a los) que accedimos a través de un vecino, que era hijo del capataz de una de las fincas. Él era tractorista, manejaba dos buldozer, y entonces nos trajo información, yo lo convencí, me trajo información y fotos y nosotros se la mandamos a Fidel a través de René, que quien lo conocía era Pepe.

Cuando vamos a ver a Pepe, yo le digo “bueno, a Batista hay que tumbarlo con las armas”. Ya nosotros éramos 4 los que nos habíamos confabulado para organizarnos y buscar el contacto con Fidel, a través de Pepe, y entonces bueno así fue estuvimos como 2 meses insistiendo con él, por si había visto a Fidel, y bueno como a los dos meses aproximadamente, nos entrevistamos aquí con Fidel, en Prado 109. Con Fidel y con Abel. Estábamos Julio, Pepe, Ciro, Gerardo y yo. Y bueno ahí nos pusimos a su disposición, entonces el aceptó la proposición.

Siguiendo instrucciones de Fidel y de Abel, hicimos una organización celular, o sea, la primera célula eran 10, y cada uno de esos 10 tenía que hacer otra célula de 10, y debíamos seleccionar a los compañeros, primero verificarlos y comprobarlos antes de hablar, antes de reclutarlos para la Revolución y así tendríamos nosotros aproximadamente, entre 80 y 90 compañeros ya organizados, a través de la organización celular, en la cual nos reuníamos, teníamos las instrucciones, teníamos las indicaciones por parte de Fidel, de qué hacer y cómo hacerlo.

A partir de estos sucesos, la casa situada en República y calle 9, donde funcionaban una pequeña carpintería, propiedad de Ramón C. Valdés, y la ponchera de Ricardo Santana, recibía más visitas de lo acostumbrado, precisa el testimonio dejado por Mario Lazo.

Como señaló en su libro *Artemisa: uno de sus mártires*, a ese lugar asistían Ramiro Valdés, Rosendo Menéndez, Pepe Suárez, Ramón Pez Ferro, Tomás Álvarez, Rigoberto Corcho, Emilio Hernández y él, porque:

[...] siempre había algún tema que comentar sobre la situación nacional; era muy importante estar al día en los últimos acontecimientos del país. Otra de las razones que nos hacía acercarnos a aquel sitio era la oportunidad de obtener algunos reales, producto de ayudar en cualquier tipo de tarea: carpintería, pintura o en coger ponches".⁷

Ese lugar, dijo, le provocaba muchas nostalgias, pues en él había pasado el *kindergarten* junto a Rosendo Menéndez y Rigoberto Corcho.

No se puede obviar el papel desempeñado en esta localidad por el Partido Socialista Popular. Justo el 17 de abril de 1952, aseguran José Fernández Riesgo y Daniel Suárez Rodríguez, autores del ensayo inédito Fundación del Movimiento 26 de Julio en Artemisa (ver anexo 2) los cuerpos represivos emprendieron allí una brutal represión contra esa organización política y sus militantes. Allanaron las oficinas y destruyeron las pertenencias, a la vez que detuvieron a los militantes Leopoldo González, Manuel Canciano y Alfonso García Vizcaya, quienes se encontraban en el lugar.

Distintas acciones se desarrollaron en la Villa Roja con la participación de estudiantes y trabajadores. Para

⁷ *Ibíd.*, p. 67.

entonces ya había sido creado el Comité de Lucha en la terminal de las rutas 35 y 48.

El año 1953 sería decisivo en el auge de la lucha revolucionaria contra la tiranía de Fulgencio Batista. La conmemoración del centenario del natalicio de José Martí, el 28 de enero, demostraría que los cubanos no aceptaban la imposición de un régimen de facto que violaba todo lo legitimado en la Constitución. Ese día, en Artemisa, los estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza, la Juventud Ortodoxa y la Juventud Socialista, convocaron para una manifestación que a los gritos de: “¡Abajo Batista!” “Abajo la dictadura”, recorrieron la calle Martí y llegaron ante el busto erigido en honor al Apóstol de la independencia en el parque que lleva su nombre.

En el referido ensayo se precisa:

Por su participación en este acto, varios compañeros fueron detenidos y puestos a disposición del Tribunal de Urgencias de Pinar del Río. Comenzaba entonces un período que iba más allá del elemental careo, de la pugna y la confrontación, se elevó el combate revolucionario a un escalón más alto, el de la lucha armada. Muestra de ello fue la organización del acto conmemorativo por el Día Internacional de los Trabajadores.

Uno de los copartícipes en el homenaje a José Martí, fue Pez Ferro, quien contó:


Yo estaba en el cuarto año de bachillerato y era martiano. En ocasión del centenario del Apóstol, una de las profesoras del Instituto organizó lo que llamaban un seminario martiano, el cual consistía en una asignatura extracurricular a la cual iba el que quería. Yo entré y me ayudó mucho.

Incluso, en Artemisa había una emisora de radio, y entre los alumnos que más nos interesábamos en lo relacionado con Martí organizamos un programa radial. Es verdad que no teníamos la experiencia de la política interna, pero éramos patriotas, pues el golpe de Estado nos hizo tener una conciencia del daño que se le hacía al país, sobre todo, cuando en ese momento éramos ortodoxos. Ya yo era dirigente de la Juventud Ortodoxa, y lo que estaba claro ante la opinión pública cubana es que el Partido Ortodoxo iba a ganar las elecciones; eso significaba que iba a ganar el partido fundado por Chibás, un líder, un conductor del pueblo de Cuba que ganó simpatías y militancia.

Su muerte nos tocó duro. Éramos un grupo joven y teníamos la esperanza de que íbamos a tener un gobierno mejor, porque lo que se reflejaba, por lo menos en la divulgación y en la propaganda, era: Vergüenza contra dinero, barrer con toda la podredumbre, el bandidaje, la corrupción, y por eso todos estábamos llenos de una esperanza nueva, y el golpe de Estado acabó con ella.

Son numerosos los hechos que marcan la participación de los obreros artemiseños en la incipiente lucha contra el régimen. Trascendentales serían los contactos que a partir del propio 10 de marzo de 1953 sostuvo Fidel con la ortodoxia artemiseña, en particular a través de Pepe Suárez, quien desde entonces, y con las orientaciones del joven líder, comenzó a agrupar a su alrededor a lo mejor de aquel grupo de artemiseños que con total disposición, disciplina y habilidades en el manejo de las armas, se convirtieron en parte importante de lo que sería la Generación el Centenario.

Se fueron repitiendo las visitas de Fidel a la casa de Pepe Suárez en Artemisa, y en la Logia Evolución se reunió con algunos jefes de células, estructuradas por Pepe en torno a una especie de célula central en la cual se encontraban Julito Díaz, Pepe Ponce, Severino Rosell y Gerardo Granado.



**"NOS COMPAÑEROS IDEALES NO ESTAN NI OLVIDADOS NI MUERTOS: VIVEN
QUE NUNCA Y SUS MATADORES HAN DE VER ATERRORIZADOS COMO SU
CANAVERES HEROICOS EL ESPECTRO VICTORIOSO DE SUS IDEAS**

"LA HISTORIA ME A

Remembranzas⁸

⁸ Los siguientes trabajos, elaborados a partir de entrevistas realizadas por las autoras para el periódico *Trabajadores*, entre el 2003 y el 2014, fueron objeto de modificaciones con vistas a adecuarlos al discurso de esta obra.

EN HOY MAS
RGE DE SUS

FIDEL
BSOLVERA²⁹



La Logia y los muchachos

Con pasos seguros Ramón Pez Ferro se dirigió hacia la Logia Evolución. Sabía de memoria el recorrido. En ese entonces (1952-53), era el Perfecto Guía de la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad, Ajef y la representaba ante la Logia; por eso tenía la llave del local.

Fachada del local que ocupa la Logia Evolución.



El recinto estaba cargado de patriotismo. A la entrada, una enorme foto del Apóstol José Martí como homenaje a quien fuera maestro masón; debajo, un rincón dedicado a las madres, y a la derecha, otro, patriótico, con fotos de figuras relevantes de Cuba y algunos que formaron parte de la masonería, entre ellos, el venerable maestro José Martí con su mandil de maestro masón; Antonio Maceo, Ignacio Agramonte y Carlos Manuel de Céspedes.

Delgado, Pez Ferro parecía más joven de lo que realmente era. En ese entonces tenía diecisiete años de edad y era alumno de cuarto año en el Instituto de Segunda Enseñanza, lugar donde las ideas revolucionarias proliferaban. En los primeros tiempos viajaba todos los días desde Candelaria, donde residía con su familia, hasta que el padre decidió mudarse para Artemisa a fin de facilitar los estudios de sus hijos. La casualidad lo llevó a radicar en La Matilde, y fue una suerte porque le permitió conocer a compañeros que mucho tuvieron que ver en las decisiones por él tomadas posteriormente.

Pez Ferro —quien sería el único sobreviviente de los asaltantes al hospital civil Saturnino Lora, junto con Melba Hernández Rodríguez del Rey y Haydée Santamaría Cuadrado—, recordó que vivía a tres casas de Ramiro Valdés; Ciro Redondo y Julito Díaz también residían por allí:

Frente por frente a mi hogar estaban el de Rosendo Menéndez, primo de Ramiro, y el tallercito para coger ponches, propiedad de Santana.

Pepe Suárez, quien también vivía en las cercanías, sabía que teníamos una actitud y posición claras en relación con Batista, y contactó con nosotros. Por eso los primeros integrantes de la célula éramos de La Matilde. Para mí era una propuesta que se ajustaba a mi forma de pensar y de actuar.

En ese entonces, Pez Ferro era activista del presidente de la Juventud Ortodoxa en Artemisa, además de dirigente de la Asociación de Estudiantes. “Desde el primer día del golpe nos destacamos en la lucha contra Batista: participamos en numerosas manifestaciones, mítines de repudio y huelgas en el Instituto”, rememoró.

El joven de tez mulata y ojos achinados, entonces dirigente de la organización juvenil de la Logia Masónica, indicó que a esta entraban los muchachos desde los dieciséis años hasta los veintiuno; pero que no eran masones, sino que “les iban induciendo las ideas de la masonería, y cuando terminaba ese período en la Ajef, si querían podían iniciarse en esa fraternidad”.

En ocasiones, Pez Ferro invitaba a sus compañeros a estudiar allí, “porque yo entraba y salía de aquel local por derecho propio. Eso es lo que determina que pudiera prepararlo para la reunión con Fidel”.

Es precisamente en ese lugar donde se reunían los miembros de la célula central del movimiento, dirigida por Pepe Suárez, recuerda, y precisa:

A ella pertenecíamos nueve o diez compañeros, entre los que nos encontrábamos Ciro Redondo, Ramiro Valdés, Julito Díaz, Severino Rosell...

El movimiento estaba organizado en células; cada uno de los miembros de la central tenía a su vez una que no tenía nada que ver con las de los otros compañeros. Existía un estrecho sistema de compartimentación. En mi célula nunca hubo muchos; estaban Guillermo Granado, Fidel Labrador y Ramón Callao, entre otros.

En la Logia se tomaban precauciones. No es cierto, como alguien ha dicho, que hubiera armas escondidas en la parte de abajo del sofá, ni que se quitara la malla que cubría el extractor para que un

compañero entrara por allí. La entrada siempre fue discreta, sin hacer mucho ruido, para evitar problemas. Por suerte, ninguno de los dirigentes se apareció durante una de las reuniones, que tratábamos de que fueran breves y ocurrieran de tiempo en tiempo, siempre pasadas las ocho de la noche.

Fructíferos encuentros

A lo largo de la preparación, entre los tres últimos meses de 1952 y los primeros seis de 1953, los principales dirigentes del movimiento en Artemisa sostuvieron encuentros con Fidel y Abel Santamaría. Fue con este último con quien tuvo Pez Ferro el primer contacto:

La entrevista fue en Prado No. 109. Abel nos explicó cuál era el objetivo del movimiento. Enfatizó en que no solo era la necesidad de cambiar el régimen de dictadura, sino de erradicar el carácter corrupto y entreguista, no solo del gobierno de Batista, sino de todos los anteriores. Se quería instaurar un gobierno nuevo que transformara la sociedad cubana y diera un verdadero beneficio al pueblo.

Abel mencionó a algunos de los que él llamaba “caciques de Pinar del Río”; en aquel entonces eran dos: Pérez Galán, terrateniente y representante a la Cámara que vivía en Artemisa y salía en todas las elecciones; y el otro, Simeón Ferro, a quien le decían Macho; era senador, dueño de La Conchita, la mayor y mejor fábrica de conservas de la provincia. Los ponía como ejemplo de los políticos que había que sacar de raíz del gobierno, que siempre salían electos al Senado y la

Cámara y nunca hacían nada en concreto por la población.

Eso fue algo que me gustó porque éramos muy jóvenes y no conocíamos mucho de estos términos de carácter político, pero a pesar de no conocer mucho de esas interioridades politiqueras, éramos patriotas.

Desde el punto de vista humano, Abel me causó una magnífica impresión. Era un hombre serio, muy bien preparado cultural y políticamente; nos habló de una forma muy comprensible, didáctica, seguramente teniendo en cuenta que éramos jóvenes, que no teníamos la preparación de ellos.

Supo hacernos entender la necesidad de las transformaciones que había que hacer en Cuba, y fue capaz de darnos a entender las razones por las cuales íbamos nosotros a luchar contra el régimen de Batista.

Con Fidel en la Logia

Pez Ferro nunca ha podido olvidar su primer encuentro con Fidel Castro Ruz:

Lo conocí en la casa de Pepe Suárez, quien nos presentó, luego de una visita a la región de Pinar del Río.

La impresión que recibí de él fue agradable; Fidel era una persona carismática. Me saludó con mucho afecto. Expresó su satisfacción con lo que se hacía en Artemisa; nos dio aliento y nos dijo: “Hay que seguir preparándose, hay que profundizar en los entrenamientos”. Yo me marché. Esa impresión, ese contacto primero con Fidel, lo tengo muy presente.

Como todos sus compañeros, tenía conciencia de lo cuidadoso que debía ser en la reunión que en la Logia se iba a celebrar con Fidel, quien se había destacado por sus denuncias al gobierno de Carlos Prío y el recurso que presentó ante el Tribunal Supremo contra el golpe de Estado.

A través de Pepe fuimos citados por la noche los miembros de la célula central para una reunión; no sabíamos exactamente de qué se trataba. Yo lo supe, porque como tenía que preparar las condiciones para efectuarla en la Logia, Pepe me lo informó.

Incluso, cuando ya se supo de qué se trataba propusimos que se hiciera en el templo masónico, donde se daban las reuniones tanto de la masonería como de los Ajef, que no lo usábamos para las reuniones normales porque las hacíamos en la salita para hacer la cosa más normal. Yo tenía también llave de él. Cuando llegó Fidel lo introdujimos en el templo; apagamos todas las luces y dejamos encendidas las del ara masónica (una mesita triangular con tres bombillitos, uno en cada punta). Fidel estaba acompañado por Pastora Núñez González, Pastorita. Yo no recuerdo haber visto a nadie más. Eran más o menos las nueve de la noche.

Y bajo la escasa luz proveniente del ara masónica, los futuros asaltantes escucharon las palabras de su líder. Fidel, después de reafirmar su satisfacción por cómo marchaban las cosas en Artemisa y en todo el país, expresó que debían estar preparados para el momento decisivo.

Nos volvió a hablar de los objetivos del movimiento, de su carácter político-ideológico y de las ideas

políticas que se iban a poner en práctica. Ratificó su confianza en nosotros y subrayó que era una obra puramente voluntaria, y esperaba que mantuviéramos la firmeza de siempre. Los compañeros hicieron algunas preguntas, no recuerdo cuáles, y él las aclaró. Fue una reunión breve.

Afirma que a la altura de tantos años, nadie tiene claro todo lo que dijo Fidel en aquellos momentos; pues allí no se escribió nada. “Sí recuerdo los temas de los que habló, porque eso nos llegó muy adentro”, y apunta:

El último contacto con Fidel fue poco antes de la acción, en la casa de Abel, donde aseguró que el movimiento estaba muy adelantado, que las cosas habían estado marchando bien, y nos halagó porque se veía que el movimiento en Artemisa estaba bien organizado. Señaló sentirse satisfecho de lo que habíamos hecho.

Nos orientó que estuviéramos preparados porque próximamente iba a haber un entrenamiento de más envergadura, el cual duraría dos o tres días. Nos iban a avisar; debíamos crear condiciones en las casas para evitar cualquier situación que perjudicara la discreción hasta ese momento mantenida.

Para entonces, los muchachos de Artemisa, quienes emplearon como centro principal de conspiración la Logia Evolución —no fue el único—, se encontraban dispuestos a dar sus propias vidas por derrocar al tirano Fulgencio Batista.

Toda la vida

La imagen de Ismael Ricondo Fernández permanece intacta en la mente de su hermana María Luisa. Cariñoso, alegre, joven, así partió de su casa y así quedó en su memoria. “Éramos cuatro hermanos, pero Ismael era el más noble de todos, el más cariñoso. Me ponía nombretes y bromeaba mucho conmigo”.

Otra vez los nombres de los jóvenes se entrecruzan: amigos, primos, cuñados, compañeros de lucha.

Ismael, a quien le decíamos Bolo, y Gelasio, mi novio, al que llamábamos Nené, siempre andaban juntos. Yo me ponía molesta con mi hermano, porque en vez de dejarlo en la casa se lo llevaba por ahí. Otro que iba a mi casa todos los sábados y domingos era Ciro Redondo. Él e Ismael jugaban pelota;

mi hermano era del equipo de Marianao, y Ciro, no recuerdo.

Nené no se les juntaba mucho, porque yo me ponía brava. Imagínate, éramos novios y mi papá solo le permitía visitas los miércoles y domingos, así que no se podía poner a jugar pelota.



María Luisa y Gelasio.

Ismael iba todas las noches a Artemisa, donde estudiaba Teneduría de Libros. A veces se le iba y me decía que la noche antes Nené le había dicho esto o lo otro. Yo le preguntaba y cómo tú lo viste, y él Ismael empezaba a inventar un pretexto. No le creía.

Gelasio tenía una escopeta para cazar, y un día la llevó e Ismael le dijo que iba a matar un pájaro, y mami le espetó: “Muchacho, si tú nunca has cogido un arma en tu mano, cómo vas a matar una paloma”. Y lo hizo. Claro, ya él entrenaba, pero no sabíamos nada.

No fue hasta después del 26 de julio de 1953 que la verdad salió a la luz y la familia pudo explicarse la partida tan imprevista de Ismael y Gelasio.

María Luisa recuerda:

El viernes 24, Nené me dijo que le diera una camisa, porque iba a la playa. Me dio su cadena para evitar que se le perdiera, pero el anillo de compromiso, no. Este no lo vi más, se quedó por Santiago. Por su parte, mi hermano Ismael Ricondo le expresó a mi mamá que hiciera el almuerzo temprano, porque iba a salir. A mí, el día antes me pidió que le arreglara un pantalón, pues debía cogerle de largo; además que le planchara la guayabera, ya que iba con Ciro para la playa. El 24 se bañó, almorzó y le dijo a mi hermano Pedro que lo llevara hasta la carretera, porque nosotros vivíamos lejos. Ismael se fue. El sábado Nené no apareció, el domingo tampoco.

La partida de Gelasio

Gelasio Fernández Martínez se vinculó al movimiento a través de su cuñado Ismael Ricondo. Durante sus visitas a la finca La Tentativa, por mediación de este, conoció de los preparativos revolucionarios del grupo de artemiseños y le pidió incorporarse.

En realidad, la situación de la familia de Gelasio, la cual vivía en la finca La Tumba, en Cayajabos, no era tan difícil comparada con la de otros compañeros. Décadas después, él señaló:

Muchos campesinos de la zona iban por las mañanas a mi casa a buscar trabajo o cualquier otra cosa. El viejo mío era una buena persona. Nos mandaba a que les diéramos malangas, plátanos, lo que fuera. Pero, después de terminar las zafras, casi todo el año era de “tiempo muerto”, y la gente tenía que ir a otros lugares a buscar algo que hacer.

Ismael y yo siempre andábamos juntos. Él pertenecía a la célula de Ciro, a la cual no pude unirme por estar completa; este me mandó a ver a Julito Díaz, quien trabajaba en El Almacén, y le faltaban combatientes. De esa célula recuerdo a Carmelo Noa y a Rigoberto Corcho, entre otros.

Las prácticas de tiro las hacíamos en distintas fincas: la de Carmelo Noa; en una que se encontraba en la parte sur de Pijirigua, adonde nos llevó Fidel Labrador; en la Bayate, en la Sánchez, en El Inglés, en La Tumba, y a orillas del río Capellanía. La mayoría de los entrenamientos se hicieron en este último lugar y en la finca Sánchez.

Yo tenía buena puntería, con revólver, con pistola y con escopeta. Un día le tiré a un mayito que estaba en la punta de un árbol, a casi cien metros de donde me encontraba, y lo tumbé. Las prácticas se hacían por células, por si caía preso un grupo, no ocurriera lo mismo con los restantes. Las células se iban rotando por las distintas fincas.

Para la partida me citó Severino Rosell, quien trabajaba en un kiosco, frente a la bodega de Carvajal, en Martí y Maceo. Por la mañana me pidió que estuviera allí a la una de la tarde. Cuando llegué, me preguntó si iba dispuesto con una muda de ropa para seguir hacia la capital; le respondí que sí.

Me indicó ir para la casa de los padres de Melba Hernández, en Jovellar No. 107, en La Habana. De Artemisa salí en la ruta 35, junto con Noa, Corcho y otro compañero cuyo nombre no recuerdo.

Cuando llegamos a casa de Melba, ella nos dijo que Fidel no tardaría. Eran las dos y pico o tres de la tarde. Al arribar, Fidel se puso a conversar con nosotros y le orientó a un compañero que llamara a la terminal de ómnibus y sacara ocho pasajes para Santiago de Cuba.

Al escuchar que íbamos para Santiago, yo me dije: “hay algo”, pero no podía imaginar qué. Estuvimos allí hasta las seis y pico o las siete, cuando fuimos hacia la terminal en una máquina.

Llegamos a nuestro destino al mediodía, almorzamos en la terminal de ómnibus La Cubana y después nos trasladaron a Celda No. 8, donde nos pidieron no asomarnos ni salir para que nadie nos viera. Permanecimos allí como hasta la una y pico o las dos de la mañana. Después nos llevaron para la granjita de Siboney, donde nos encontramos a Melba y Haydée planchando los uniformes.

Al rato empezaron a repartir las armas. Fidel me preguntó que si quería un fusil, una escopeta o un revólver. Me interesé por saber cuántas balas daban; me respondió que para el rifle, una caja, y para la escopeta, doce cartuchos. Como la caja tenía cincuenta balas, me decidí por el rifle.

Luego Fidel nos reunió, explicó a lo que íbamos, y señaló que podíamos ser héroes o mártires, y el que estuviera de acuerdo que diera un paso al frente. Excepto un pequeño grupo, no recuerdo cuántos, los demás lo dimos. A los que decidieron no seguir, les indicó no moverse de allí hasta iniciado el combate.

Yo iba en la tercera o cuarta máquina, en dirección a la posta 3. Perdido el factor sorpresa, se impuso la retirada. Julito Díaz, dos o tres más y yo, cogimos un carro y enfilamos por una calle que no tenía salida. Nos bajamos, saqué una escopeta que me había dado Julito, y la dejé en casa de un veterano que vivía cerquita.

Después, un joven me vio y me preguntó: “¿Tú eres pinareño?” Le respondí que sí y me dijo: “Sigue detrás de mí”. Resultó ser Rubén Pérez Proenza,

quien me llevó a casa de su padre, de igual nombre. La madre se llamaba Florencia y la hermana, Alicia.

Llegamos a una mueblería, que era del padre, en Estrada Palma No. 408, entramos, le dijo a la vieja: “Que se bañe, y coge la ropa y quémala. Voy a buscarle otra”, y se fue. Me subió para el segundo piso y me señaló: “Acuéstate a dormir ahí, en calzoncillos”.

Como a las tres o las cuatro de la tarde, el joven se apareció con un pantalón de dril cien y una guayabera. Me vestí y me dijo: “Quédate aquí arriba, y no bajes nada más que a almorzar y a comer”. Allí me daban el periódico y comprobé que muchos compañeros que salieron con vida del Moncada, el lunes aparecieron reportados como muertos. Los esbirros estuvieron dos o tres veces registrando hasta la esquina de la casa, y nunca llegaron a ella.

La agonía de no saber

Recuerda María Luisa que el lunes 27, en horas de la mañana, su papá iba rumbo al pueblo de Artemisa y viró.

Mi mamá le preguntó qué había pasado y él le respondió que en Santiago de Cuba había habido un tiroteo: “Eso es lo que comentan en El Porvenir”, aseguró y un poco perturbado le dijo que intuía que ahí estaba Ismael. “Él se fue con Ciro, y dicen que Ciro también está”.

Aún papá no había terminado de hablar cuando todos empezamos a llorar. Les dije que también Nené estaba en eso, que ellos estaban juntos. Papá nos pidió que pusiéramos el radio de batería; oímos la declaración de mi hermano, porque lo entrevistaron enseguida que lo cogieron. Dijo que era de

la finca La Tentativa, que sus padres se llamaban Genaro Ricondo y Andrea Fernández, que éramos cuatro hermanos —Eustaquio, Pedro, él y yo—. Nos emocionamos porque supimos que estaba vivo, pues decían que eran muchos los muertos. Entonces yo decía, que no había declarado nada de Gelasio, que sabía Dios dónde estaba.

En casa estábamos nerviosos. No aparecían. Mi hermano mayor, Eustaquio, expresó: “Yo voy a Santiago de Cuba con el padre de Ciro Redondo”. Así fue, mas cuando llegaron les alertaron que viraran, porque a todo el de Artemisa que cogían, lo dejaban detenido. A su regreso nos dijeron que no permitían entrar a verlos, que estaban todos presos.

El día que mi hermano se fue mi papá le dio tres pesos, no podía más, porque la situación era muy difícil y no había para más. Mi mamá decía: “Ay, pobrecito, con tan poquito dinero que se fue, que “qué iba a hacer con tres pesos”.

La cara de la verdad

María Luisa rememoró:

Luego del Moncada, los guardias registraron mi casa, tiraron todos los libros de mi hermano para el piso y viraron los colchones. Mi mamá lloraba y les decía que nosotros no teníamos nada. Ellos nos insultaban. Viraron la casa al revés una pila de veces. No se me olvida que yo criaba carneros y los mejores que tenía me los comió la policía.

Habían pasado diecisiete días y no sabíamos nada de Ismael ni de Gelasio. Mi hermano Eustaquio estaba en La Habana, en la universidad,

y a través de un periódico se enteró de que habían asesinado a Ismael. Él nos trajo la noticia, fue terrible. Mi mamá estuvo diecisiete días sin comer; sobrevivió gracias a los sueros y cuando se levantó estaba que parecía una palomita, ya no había dónde ponerle los sueros.

El regreso de Gelasio

El miércoles 29, Gelasio estaba decidido a regresar y correr cualquier riesgo; desoyó los consejos de sus buenos amigos, que con tanto altruismo lo habían cuidado.

En el paradero del tren había guardias, desde la acera hasta la línea, pero ya no podía regresar. Pasé entre ellos sin problemas, subí al tren y me senté al lado de un sargento del ejército. Era la mejor forma de despistar.

Al arribar a La Habana, el jueves 30, a las once de la mañana, la policía estaba registrando; abrí mi maleta y como iba al lado del sargento, parece que pensaron que yo era pariente de él y me dijeron que siguiera. Días después, contacté con Pedro Rodríguez Paz, quien fue chofer de Eddy Chibás.

En La Habana estuve año y pico; ahí contacté con el movimiento clandestino. Después fui para Cangrejas, a trabajar en una cantera, con Octavio Rivero.

Después le mandó a decir a María Luisa, con una tía de ella, residente en Punta Brava, que estaba allí, pero pasó tiempo para que pudieran verse.

Exigió la foto de su padre

A cercándose la fecha del asalto al Moncada, Fidel Castro fue a ver una de las prácticas de tiro que realizaba un grupo de revolucionarios artemiseños; entre ellos estaba Flores Betancourt Rodríguez. “Entonces él puso la mano en el hombro a mi papá y le dijo: “Tienes una puntería que donde yo vaya, tú vas, porque tú eres un certero tirador””.

La anécdota es narrada por su hija Sonia Betancourt Acosta, quien recuerda que su padre fue uno de los integrantes del grupo seleccionado para el asalto a la posta 3. “Ricardo Santana, el artemiseño que salvó a Fidel, me contó que



Sonia Betancourt,
hija del mártir
Flores Betancourt Rodríguez.

este pidió voluntarios para asaltar esa posta, y todos dieron un paso al frente, pero fue él quien los escogió”.

Según expresa, nació dos meses después de la muerte de su padre:

Cuando él se fue al Moncada mi mamá estaba embarazada, tenía siete meses. Todo lo que de él he visto en mi vida son imágenes, sé lo que me ha contado mi familia, y también Santana, quien me hacía muchas anécdotas porque eran compañeros de la misma célula.

Sabe de los esfuerzos que tuvo que hacer para ayudar a sus progenitores:

Trabajó en la cantera de Caimito junto a mi abuelo. Dicen que el capataz y el dueño eran muy abusadores con los trabajadores, y un mes no les pagaron. Los obreros se molestaron, y él les pidió estar tranquilos, pues iba a resolver el problema.

Se enredó a golpes con el dueño, en un lugar solitario. Lo llevaron al tribunal y ahí le prohibieron utilizar la mano derecha; le expresaron que si la volvía a emplear en una bronca, sí iba detenido. No obstante, el hombre tuvo que pagarles a los trabajadores.

Mis abuelos paternos vivían en Caimito, y un día de julio de 1953 él fue con mi mamá a visitarlos. Le dijo a mi abuela: “Hoy vamos a matar el cochinito que hay ahí para el cumpleaños de Luis”, un hermano suyo. Ella le respondió que no, que era para agosto. Entonces él replicó: “No, en agosto buscamos otro”.

Empezaron los preparativos de la comelata y la vecina de al lado le preguntó si prefería que su hijo fuera hembra o varón. Le respondió que que-

ría hembra y se iba a llamar Sonia. Mi mamá, al oírle decir ese nombre, se puso brava; ella tenía muchos celos, porque no sabía en lo que él andaba, y pensaba que podía ser otra mujer.

Según me contó mi madre, una gran parte de su salario, por cierto muy bajo, él lo aportaba para la causa; incluso, vendió cosas de la casa, incluidos los anillos de compromiso.

Mi mamá le daba las quejas a una hermana de él, y esta un día le preguntó en qué andaba, que mi madre estaba muy preocupada y sospechosa porque se perdía los domingos. Él le respondió: “Yo soy un hombre serio. Algún día ella va a saber en qué estoy yo, pero no es nada malo”.

El 24 de julio, antes de partir, le dijo a mi mamá que iba para San José de las Lajas, a ver si encontraba trabajo, porque él picaba piedras en una cantera y ese era un trabajo muy duro. Después supieron lo del asalto al cuartel Moncada, mi mamá no imaginaba nada.

Cuando dieron los nombres de los muertos, entre ellos estaba mi padre, que había caído en combate en el asalto a la posta 3. En la máquina en que mi papá fue para el Moncada, iban Pedro Marreiro Aizpurúa, como chofer; Renato Guitart Rosell, José Luis Tasende Muñecas, Jesús Montané Oropesa, Ramiro Valdés y Carmelo Noa.

Después del triunfo de la Revolución fue que Sonia supo la verdad sobre su padre; hasta ese entonces se la ocultaron, pues la familia materna la apartó de la de Flores.

A mi mamá se la llevaron para La Habana, unas tías mías, cuyos esposos tenían buena posición económica. Un día me puse a ver una caja de fotos

en mi casa y cogí una de un hombre y una mujer, pregunté quién era él. Me la quitaron y no la vi nunca más.

Cuando mi abuela paterna y mis tíos me contaron todo, pude comprenderlo. Llegué a mi casa exigiendo la foto de mi papá.

Para Sonia, su padre ha sido toda la vida motivo de inspiración y un ejemplo a seguir. Con regularidad acude al Mausoleo a los Mártires de Artemisa, donde reposan los restos de los combatientes de esta localidad que tomaron parte en las acciones del 26 de julio. Lo prometido se cumplió: su padre y sus compañeros de lucha nunca han sido olvidados.

Estas flechas de coraje y sonrisa

Blanca Rosa Hernández Cruz jamás ha podido olvidar a Emilito —Emilio Hernández Cruz—, el más pequeño de sus ocho hermanos, a quien crio como a un hijo. Cariñoso, noble, desprendido, y muy dado a los pequeños detalles, rondaba los veinte años y aún gustaba de jugar a la quimbumbia y a la pelota en La Matilde.

Nunca había salido del pueblo, por eso llamó tanto la atención de la familia cuando comenzó a ausentarse por diversos motivos. En una ocasión estuvo fuera de casa por dos días, y ante los reproches de Blanca Rosa se defendió: “Yo te dije a ti que me iba a enredar con una ‘leita’ (muchacha)”. A lo cual ella le respondió: “Eso es importante, pero la familia no se puede tener en esa zozobra”. Como para restarle importancia me pidió que no lo regañara más y me dio a escoger entre un gallito y una palomita, presentes que traía consigo. Me decidí por la segunda.

Así era esa alma sencilla y noble, amoroso con los suyos, todo ternura con las personas queridas.

“La última vez lo vi con ropa prestada y al indagar a qué se debía, contestó: “Tú estás más regañona que mimas. Vete preparando que me voy ppor unos días””.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Blanca. Ofreció disculpas. No es cobardía, aclaró, solo que los años habían mellado su corazón.

Siempre me ha quedado la tristeza de aquel momento. Yo, con tres meses de embarazo, llevaba de la mano a mi hijita mayor. Ella me pedía que la cargara, él quiso hacerlo, pero la niña se negó. Emilito se dolió: “Precisamente ¡hoy no te dejas cargar por mí!” ¿Quién iba a imaginar que esa iba a ser la última vez que lo veríamos? Pero ellos fueron fieles a su palabra: no dijeron nada, mantuvieron el secreto que los unió y dieron la vida por la patria de forma desinteresada.

Honestos, sencillos...

Sergio Redondo García aseguró que en su casa nadie se percató de la actividad revolucionaria en la cual estaba involucrado su hermano Ciro. Si bien frecuentemente se reunía en el patio con Ramiro Valdés, Julito Díaz, Ismael Ricondo y José Suárez, Pepe, entre otros, nadie sospechó que en esos instantes estaban conspirando. “Es que todos eran amigos”.

Trabajaba en una tienda, la Casa Cabrera. Un día le planteó a mamá que la cosa estaba muy mala y no quería seguir allí, sino ser comerciante de ropas y otros medios. Para ello le pidió prestado el automóvil de la familia y algún dinero.

En realidad, quería todo eso para tener mayor libertad de movimientos y utilizar el carro en la transportación para las prácticas de tiro, y recaudar dinero destinado a la causa. Eso lo supimos después.

El problema fue que nunca había nada para ella y cuando preguntaba le decía que el negocio no daba. Lo cierto es que todo lo destinaba al movi-



Ciro Redondo García junto a Raúl Castro Ruz, en la Sierra Maestra, en 1957. Sergio contó a *Trabajadores* que esa foto, la cual permitió copiar, Celia Sánchez se la había enviado a su mamá tras el triunfo de la Revolución.

miento, tal como hacían los demás. Días antes de partir hacia el Moncada, le devolvió la llave del carro y el dinero prestado, y le comunicó que iba para la finca de los Ricondo a trabajar la tierra. Nos extrañamos porque a él en particular no le gustaba mucho eso.

Cuando los sucesos del Moncada, la familia de Ricondo vino a la casa, porque este le había dicho que

estaba para acá. Del mismo modo, Ramiro, Julito Díaz y otros muchachos del barrio dieron pistas falsas. Al escuchar por radio que entre los atacantes había jóvenes de Artemisa, comprendimos que

eran ellos.

También Pedro Ricondo Fernández, hermano de Ismael, confesó que para ellos fue una sorpresa su participación en la acción del Moncada, pues solo salía por las noches para ir a estudiar a Artemisa.

Cada domingo, a la finca acudían varios compañeros, no siempre los mismos, y practicaban tiro en el palmar, según ellos, como deporte. Yo los acompañaba un rato y cuando me retiraba hablaban de sus cosas. Nunca hicieron comentarios ante nadie, ni se les notó nada que indujera a pensar que estaban en algo.

Julito: simpatía y valor

Como si predijeran el futuro de su tercer hijo, Lorenzo Díaz Linares y María González Sánchez lo nombraron Julio Santiago. Aunque había visto la luz el 23 de mayo de 1929, no fue hasta el 20 de abril de 1942 que fue inscripto y asentado en el juzgado de Pijirigua, en el tomo 12, folio 47, solo con el segundo nombre; sin embargo, entre familiares y amigos era conocido como Julio.

En entrevista con las autoras, Paulino, su hermano menor, afirmó que “a diferencia de los otros tres hermanos, que éramos rubios,

él tenía el pelo negro; era muy bien parecido”.



Paulino Díaz González, hermano de Julito.

Quienes lo recuerdan no pueden dejar de señalar la jovialidad y simpatía que despertaba en las personas. Esta quedó puesta a prueba en los puestos de trabajo que desempeñó siendo casi un adolescente. Tendría unos catorce años de edad cuando comenzó a laborar en La Casa Roja, ubicada en calle República esquina a Zayas; posteriormente, en la ferretería El Recreo, situada en la esquina de Maceo y República, y por último en la ferretería El Almacén, en República esquina a Céspedes.

Muchos gustaban comprar con aquel muchacho carismático, que siempre tenía una sonrisa a flor de labios. Los dueños apreciaban al joven, pues atraía más clientes que los demás. Entre las muchachas también tenía aceptación, mucho más, cuando las invitaba a los bailes.

El inquieto e inteligente Julito fue de los que secundó de inmediato las ideas de Fidel Castro. Militante de la Juventud Ortodoxa, sintió las heridas hechas por el tirano Fulgencio Batista a la patria. Sus cercanas relaciones con Ciro Redondo, Ramiro Valdés e Ismael Ricondo, mucho tuvieron que ver en su posterior desarrollo.

De acuerdo con el testimonio escrito por Mario Lazo, un domingo de noviembre de 1952 un grupo de jóvenes conversaba en el Parque Libertad. Muy cerca se escuchaba la música de la orquesta que amenizaba el baile en la Sociedad Luz y Caballero. Entre los muchachos salió a colación la foto que Juanito Núñez, dueño del hotel Sevilla, había colocado frente a la instalación. Contó Mario Lazo que Rosell expresó que eso era una provocación, y había que hacer algo, a lo cual, Julito Díaz respondió: “Ya hay compañeros encargados de cumplir esa tarea”.

En el libro, *Artemisa, uno de sus mártires*, Lazo narró: “[...] A los pocos días la foto del ‘hombre’ tuvo que ser

bajada: un bombillo relleno de chapapote hizo contacto con la misma. En esta misión tomaron parte, entre otros: Pepe Suárez, Ramiro Valdés, Ricardo Santana, Severino Rosell y Julio Díaz [...]”.⁹

Esa acción, en la cual Julito participó activamente — comentó a las autoras su hermano Paulino—, tuvo mucha trascendencia en el pueblo artemiseño, e indicó que en su casa algunos detalles llamaron la atención:

En una ocasión, apareció con las piernas heridas. Cuando le preguntaron qué le había pasado, respondió que él y otros amigos habían ido a bañarse a la playa Majana. Les cogió la noche y se hirió con una cerca.

Después nos enteramos de que no fue así. En realidad hubo una reunión de la Juventud Obrera Católica (JOC) en la que Julito participaba. Se alumbraban con una vela, y cuando alguien tocó muy duro la puerta todos se dispersaron. Julito brincó la cerca, cayó encima de la madera que tenían apilada en la lavandería para las calderas y con ellas se hirió. En otra oportunidad, yo detecté tres pistolas calibre 22 debajo de su colchón; le pregunté qué era aquello y me explicó que se estaban dedicando a cazar, y evitó hacer comentarios al respecto.

El día 24 de julio le dijo a mi mamá que le preparara una guayabera y una muda de trabajo, porque iba a hacer un inventario en la casa central, en La Habana, por lo cual estaría ausente alrededor de tres días.

A ella no le llamó mucho la atención, pues otras veces había salido sin muchas explicaciones. Pero aquel día, después de haber llegado a la esquina,

⁹ Mario Lazo Pérez: *Artemisa, uno de sus héroes*, edición citada, p. 69.

él viró. Mamá le preguntó si se le había olvidado algo, y le dijo que no. Solo le dio otro beso.

Después sucedieron los hechos del Moncada. Ismael Ricondo también había dado una excusa similar a la familia. Empezamos a atar cabos y llegamos a la conclusión de que estaban involucrados en el ataque.

Pasados tres días del hecho, prácticamente nos rodearon. Vinieron cinco carros del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), conminaron a toda la familia a ir hacia la cocina y nos mantuvieron allí. Registraron la casa pulgada a pulgada, ¡hasta los libros! Pero yo nosotros habíamos eliminado las cosas más comprometedoras. Por ejemplo, desaparecimos un pomo de Kresto lleno de balas calibre 22; también un libro de geografía de Antonio Núñez Jiménez, que en esa época estaba prohibido, y otros papeles comprometedores.

Desde entonces, hasta el triunfo de la Revolución, tuvimos la visita diaria de un militar, a cualquier hora del día o de la noche. Incluso después del combate de Uvero, que ya se conoció de la muerte de Julio, nos siguieron visitando.

La triste noticia de su muerte

Basilio Volumen, dueño de la farmacia, me dijo que un compañero del Movimiento Revolucionario 26 de Julio que venía con él quería hablar conmigo y me invitó a tomar un café en el Guarina. Allí su acompañante me dio a conocer oficialmente la muerte de Julito. Yo le manifesté que en ese momento no estaba en disposición de dar a conocer esa información por situaciones existentes en mi

casa: mi mamá con una cardiopatía fuerte que se estaba tratando; mi papá un poco desequilibrado por toda esa situación; mi hermana embarazada, y otras cuestiones de índole político que yo entendía que no era el momento de decirlo.

Mi mamá empezó a preocuparse y a hacer fuerza por conocer qué pasaba con Julito. Hubo un momento en que yo se lo doy a entender, pero ella no quería reconocer la verdad, a pesar de ser una persona con cultura. Se habló con Melba Hernández, quien vino a la casa, se pasó el día con ella, y por la tarde se lo dijo. La salud de mi mamá empeoró, nunca aceptó la muerte de Julito.

Tomás, padre amoroso

Todos los que lo conocieron, recuerdan a Tomás Álvarez Breto como un hombre cariñoso, alegre, trabajador, valiente y solidario. En un hogar humilde creció, junto al amor de sus padres, José Martín Álvarez y Gabina Breto Castillo, así como de sus seis hermanas y hermanos.

Su historia, como la de otros moncadistas: tuvo que abandonar la escuela —solo llegó al tercer grado— para comenzar a trabajar y ayudar a su familia; su padre era un obrero azucarero, en el central El Pilar (posteriormente Eduardo García Lavandero), y en el Andorra (más tarde Abraham Lincoln), expuesto a los vaivenes del tiempo muerto.

De forma ambulante, en compañía de su hermano Orlando, salió a las calles a vender dulces. Más de uno regaló a niños que no tenían con que comprarle aquellas golosinas. Y es que su corazón y bondad eran muy grandes para soportar tanta miseria.

Ya a los catorce años laboraba en la panadería La Perla. En ella permaneció bastante tiempo, hasta que se trasladó para un picadero de piñas, pero el salario era muy bajo y emigró a La Habana, donde logró contratarse como albañil en la Compañía Constructora Caramés. Más tarde, cuando la empresa asumió la construcción de la embotelladora de la Coca Cola en Artemisa, tuvo la oportunidad de laborar en la edificación de esa fábrica. Fue este su último trabajo.

El gran amor de su vida fueron sus hijos. Así lo reveló la historia contada por Gilda y Sergio Álvarez Durant, los pequeños que nunca más vio tras partir de Artemisa, el 24 de julio de 1953.



Gilda y Jorge Álvarez Durant, hijos de Tomás Álvarez Breto.

Ellos no pueden ocultar el parecido con el padre. Sobre todo Sergio. Uno lo mira y le parece que está frente a Tomás. Así lo demuestran las fotos. “Cuando mi papá fue para el Moncada mi hermano había acabado de cumplir tres años, el 4 de mayo, y yo, el 22 de agosto, llegaba a los seis. El día que partió, Sergio estaba enfermo y no sabía hablar”.

Gilda era muy chiquita, según cuenta, pero todavía recuerda algunas cosas de su querido papá:

A nosotros nos crio Gabina, la abuela paterna. Parecíamos dos tortolitos esperando a que papá llegara del trabajo. Vivíamos en Martí y calle 9. Él se paraba en la esquina y cuándo nosotros lo divisábamos se agachaba y nos decía: “¿Quién me quiere a mí?”; nos cargaba a los dos y nos llevaba hasta la casa.

Recuerda con nitidez algunos pasajes relacionados con Tomás:

Fíjense si fue buen padre, que llegó a trabajar ¡por una lata de leche condensada para nosotros! Desde los nueve años se colocaba un cajón en la cabeza y se ponía a vender dulces en la línea del tren. Cuando se iba para la misión, le dijo a mi abuela: “Conseguí otro trabajo en La Habana, y me van a pagar mejor. Si se me da eso, tú y mis hijos no van a pasar tantas necesidades”.

Gilda rememoró que ella era una niña muy viva y también caprichosa. “Yo lloraba y lloraba porque quería una muñeca. Papá se acostó para que le hiciera cosquillitas en los pies, a él le gustaba mucho eso, y me dijo: “Te voy a ir a comprar una muñeca. Mañana yo te traigo una muñeca”.

Esas fueron las últimas palabras que Tomás Álvarez Breto le expresó a su hija. “Me acuerdo de eso como si fuera ahora, pues se me quedó grabado en la mente”, afirma la mujer que ya supera los sesenta años de edad.

Pez Ferro —cuya sobrevivencia está muy ligada a la actitud mantenida por Tomás en el hospital— contó que el día de la partida él se encontraba en la barbería en la cual laboraba. “Me dijeron que esa misma noche

teníamos que estar en 23 y 18, en El Vedado, en un bar al cual unos le llamaban El Triángulo, y otros, La Jornado. De allí salimos un grupo de artemiseños para Santiago de Cuba”.

Indicó que iba en un automóvil con Alejandro y Antonio Ferrás, quienes eran hermanos; Isidro O’Reilly, Humberto Valdés Casañas, y como chofer uno de apellido de Armas que se fue del país tras el triunfo de la Revolución.

El viaje hasta Santiago lo hicimos sin inconvenientes, y el mismo compañero manejó durante todo el recorrido por la Carretera Central. Salimos como a las doce de la noche y llegamos a Santiago de Cuba como a las cinco de la tarde del día 25. Nos hospedamos en una casa de huéspedes llamada La Mejor, en un edificio que está al lado del actual Comité Provincial del Partido. Allí estuvimos hasta que nos llevaron hacia la granjita.

Cuando salimos de la granjita para el combate, tuve la suerte, el privilegio histórico, de ir en la primera máquina que salió de allí; la manejaba Abel Santamaría, íbamos al mismo objetivo, al hospital. Junto conmigo viajó Tomás Álvarez Breto, amigo del barrio.

En el recorrido Abel nos explicó las tres cosas que se iban a hacer: la toma del frente del cuartel, la audiencia y el hospital, que las dos últimas iban a ser de apoyo, porque había visibilidad ya que están prácticamente pegados a la instalación militar, y desde el piso se podía disparar contra el polígono, en caso de que hubiera fallo en la toma de esta.

Con Pez Ferro en el hospital

Ramón Pez Ferro fue designado para la acción en el hospital Saturnino Lora. De acuerdo con sus palabras, la instalación se tomó sin resistencia, e inmediatamente se dirigieron a sus posiciones. “Era un piso que daba directamente al cuartel, del cual solamente nos separaba la calle”, señaló.

Desde los ventanales de ese piso los revolucionarios veían todo el movimiento de los soldados, y disparaban. “Pronto agotamos las municiones, no teníamos muchas”, afirmó.

Al producirse la confrontación directa entre nuestros combatientes y los soldados, Fidel se dio cuenta de que la diferencia era enorme, porque no era eso lo que se perseguía.

Fuimos optimistas al pensar que toda la preparación que se hacía para sorprender a los soldados se iba a dar tal como lo habíamos planificado, y surgió el inconveniente de la guardia cosaca.

Se tomó la posta 3, pero uno de ellos hizo sonar la alarma. Los soldados reaccionaron; tenían creado un sistema de aviso y estaban preparados para eso.

Recuerda el asaltante que no obstante haberles hecho muchas más bajas a los soldados batistianos, la situación ya era insostenible, pues ellos tenían ametralladoras calibres 30 y 50.

Entonces Fidel dio la orden de retirada para salvaguardar a los nuestros. La idea era continuar la lucha después, y si nos manteníamos allí luchando, nos iban a exterminar a todos. Ya una vez perdido el factor sorpresa, no se podía continuar.

Fidel ordenó a un compañero, Chenard [Fernando Chenard Piña], que avisara a los que estaban en la audiencia y a nosotros. Pero fue detenido en el camino y nosotros no recibimos el aviso, los de la audiencia sí pudieron salir.

¿Qué hizo Abel? Junto a nosotros, se mantuvo resistiendo. Sabíamos que se había perdido el factor sorpresa, pero la orden no llegó y continuamos hasta que se nos acabaron las municiones. Suponíamos, lógicamente, que los militares habían rodeado el hospital, situado casi detrás del cuartel.

Abel analizó la situación con objetividad: no teníamos municiones, no podíamos romper el cerco y si salíamos nos iban a liquidar rápidamente. Empezamos a exponer ideas, pero ninguna era factible.

Fue ahí que apareció un viejito. Se trataba de un veterano de la guerra de independencia. Lo reconocimos porque todos llevaban una medalla. Ese viejo mambí se había operado de una hernia, pero ya estaba bastante recuperado. Al oír los disparos, salió a ver lo que pasaba, y a ofrecer su ayuda.

Nos decía: “Oye, cuenten conmigo. Yo soy veterano y todavía sé tirar”. Era increíble, y cuando habló de

estas cosas lo que resaltó es la espontaneidad, la disponibilidad, el patriotismo, a pesar de que estábamos combatiendo al ejército de Batista.

Entonces Tomasito Álvarez Breto, le dijo: “Mire, aquí ya no se puede hacer nada, pero por qué usted no ayuda a este compañero nuestro, que quizás lo



Ramón Pez Ferro, el único de los hombres que sobrevivió en la toma del hospital civil Saturnino Lora.

pueda hacer pasar por su nieto". Y él preguntó: "¿Y este muchachito también estuvo...?", porque ya yo estaba vestido de civil, pues me había dejado la ropa debajo del uniforme. En ese entonces, parecía tener quince años, sin barba, delgadito.

Y dijo: "Sí, como no, que venga conmigo, que lo voy a hacer pasar por mi nieto". Me llevó para su habitación. Cuando llegaron los guardias, miraron para todas partes, buscaron, registraron; eso lo hacían en todas las salas. En mí no se fijaron, ni me hicieron ninguna pregunta. También había otros familiares cuidando sus enfermos. El veterano llamó al jefe de la patrulla y le pidió que me sacara, que había estado allí toda la noche y mi madre debía estar desesperada.

El militar le dijo que los hijos de veteranos no tenían problema en este país, que me fuera con él. El veterano se nombraba Tomás Sánchez. Nunca se lo pregunté ni me lo dijo, pero en las camas de los hospitales las historias clínicas se ponían en una tablilla en la cabecera, y cuando me senté al lado de él la leí. Ese nombre no lo escribí nunca, pero no se me olvidó. Dos Tomás me salvaron la vida.

En el transcurso de la madrugada, en el hospital se refugiaron algunos civiles que andaban cerca de allí. Entre ellos hubo dos que eran agentes secretos del cuartel Moncada y estuvieron al tanto de todo lo que pasó.

Los médicos y las enfermeras prestaron una ayuda total a los combatientes, y cuando terminó el combate y llegó la policía, los dos tipos los identificaron a todos, y a todos los mataron. Solo nos salvamos Melba, Haydée y yo.

Salí del hospital sin dinero, sin conocer la ciudad, sin nadie a quien acudir. Así me pasé el día entero caminando; era un mulatico delgadito; con una

camisa viejita y zurcida; pasé inadvertido. Después, con la ayuda de mucha gente, pude salir de Santiago de Cuba. Esa es la historia.

Me salvaron Tomasito, el veterano y muchas personas que intervinieron en ello. Porque Tomasito fue el de la idea; incluso cuando él planteó esto lo miré, no protesté, pero no estaba de acuerdo con la propuesta de que me llevara para la sala y me hiciera pasar por su nieto; yo quería algo más concreto. Y me quedé preocupado por esa solución, pero no quedaba más remedio. El viejito me dijo: “Ven, ven conmigo, acompáñame”, y me quedé que no sabía qué hacer, pero fui porque hasta ese momento no se había encontrado otra opción, y eso fue lo que me salvó.

En el artículo Artemisa en el Moncada, publicado en el periódico *Juventud Rebelde*, el 25 de julio de 2014, Ramón Pez Ferro hizo importantes valoraciones acerca de la participación de sus coterráneos en los sucesos:

Para la toma de la posta 3 del cuartel Moncada, riesgosa misión, se designó un comando de ocho compañeros. De ellos, la mitad eran artemiseños: José Suárez Blanco, Ramiro Valdés Menéndez, Flores Betancourt Rodríguez y Carmelo Noa Gil. Los dos últimos murieron en el empeño.

Otro hecho relevante lo protagonizó Fidel Labrador García, modesto joven de Pijirigua, quien se había distinguido dentro del grupo por su disciplina, fidelidad y firmeza.

En medio del fragor del asalto al Moncada, nuestro jefe, Fidel Castro, dio la orden de retirada, al darse cuenta de la imposibilidad de tomar el cuartel, dada la gran diferencia de medios entre las dos fuerzas y con el fin de proteger las vidas de sus compañeros. En ese momento, junto a Pe-

dro Miret y a otros tres asaltantes, Fidel Labrador decidió mantenerse disparando para proteger la retirada. En esa acción, el artemiseño recibió un balazo en el ojo, que lo puso al borde de la muerte, aunque finalmente salvó la vida.

De ese terruño es también Ricardo Santana Martínez, quien protagonizó una acción de gran audacia al final del combate. Cuando Fidel Castro consideró que la gran mayoría de nuestros combatientes había partido, decidió subir al que creía era el último carro. Pocos minutos después encontraron otro combatiente herido. Entonces Fidel dio la orden de recogerlo y, al no haber espacio en el automóvil, cedió su puesto y se quedó solo en medio de la calle, expuesto al peligro.

Sin embargo, inesperadamente se apareció otro carro, cuyo chofer era Ricardo Santana Martínez, quien al divisar a Fidel se detuvo para recogerlo.

No puedo dejar de mencionar otra vez a un artemiseño que ha escrito con su valentía páginas relevantes para la historia: el compañero Ramiro Valdés Menéndez, quien fuera jefe del Movimiento en Artemisa. Luego del desembarco del yate *Granma*, participó en numerosos combates, llegó a ser segundo jefe de la Columna No. 8 Ciro Redondo, al mando del Comandante Ernesto Guevara, con la cual protagonizó la hazaña de la Invasión de Oriente a Occidente y la toma de la ciudad de Santa Clara.

Artemiseños participantes en el ataque al Moncada

Composición del contingente:

Jefe: José Suárez Blanco

Jefe de la célula central de Artemisa: Ramiro Valdés Menéndez

Jefes de células:

- Carmelo Noa Gil
- Ciro Redondo García
- Rigoberto Corcho López
- Gerardo Granado Lara
- Julio Díaz González
- Severino Rosell González

Caídos en el asalto:

En la toma de la posta 3:

- Carmelo Noa Gil
- Flores Betancourt Rodríguez

En las inmediaciones de la posta 3:

- Guillermo Granado Lara

Asesinados:

- Tomás Álvarez Breto
- Antonio Betancourt Flores
- José Antonio Labrador Díaz
- Rigoberto Corcho López
- Ismael Ricondo Fernández
- Emilio Hernández Cruz
- Gregorio Careaga Medina
- Marcos Martí Rodríguez

Sobrevivientes:

- Gerardo Granado Lara (traidor)
- Mario Collazo Cordero, Marino
- José Suárez Blanco
- Ricardo Máximo Santana Martínez
- Roberto Galán Betancourt
- Orlando Galán Betancourt
- Severino Leonardo Rosell González
- Fidel Labrador García
- José Ramón Ponce Díaz
- Ángel Rosendo Menéndez García
- Mario Lazo Pérez
- Gelasio M. Fernández Martínez
- Ramón Pez Ferro
- Ramiro Valdés Menéndez
- Ramón Callao Díaz
- Julio Díaz González
- Ciro Redondo García

Muertos en combate durante la lucha insurreccional:

- Julio Díaz González
- Ciro Redondo García

De Artemisa también fueron movilizados Félix Córdova y Alfredo Hernández Álvarez, quienes regresaron a La Habana cuando, durante el traslado a Santiago de Cuba, se realizó una parada en Catalina de Güines.

Otros dos artemiseños participaron en el Moncada: Generoso Llanes Machado y Florentino Fernández León, pero no como parte de este grupo, pues por vivir fuera del municipio de Artemisa no pertenecieron a ninguna de las células creadas por Pepe Suárez.

Medios en que los artemiseños se trasladaron de La Habana a Santiago de Cuba

En ómnibus, 20:

- Ramiro Valdés Menéndez
- Marcos Martí Martínez
- Carmelo Noa Gil
- Gelasio Fernández Martínez
- Rigoberto Corcho López
- Roberto Galán Betancourt
- Julio Díaz González
- Emilio Hernández Cruz
- Ciro Redondo García
- Guillermo Granado Lara
- Gerardo Granado Lara
- Fidel Labrador García
- Tomás Álvarez Breto
- Mario Lazo Díaz
- Antonio Betancourt Flores
- José Ponce Díaz

- Flores Betancourt Rodríguez
- Ismael Ricondo Fernández
- Marino Collazo Cordero
- Ramón Callao

En tren, uno:

- Rosendo Menéndez García

En autos, nueve:

En el conducido por Mario Dalmau de la Cruz:

- José Suárez Blanco
- José Antonio Labrador Díaz
- Severino Rosell González
- Ricardo Santana Martínez
- Gregorio Careaga Medina

En el conducido por Héctor de Armas:

- Ramón Pez Ferro

En el conducido por Pedro Marrero Aizpurúa:

- Orlando Galán Betancourt

Miembros de la célula de Guanajay que, por su vinculación estrecha con Artemisa, respondían a Pepe Suárez:

- José Ramón Martínez
- Alfredo Corcho
- José Francisco Costa

¿Contra qué fuerzas se lanzaron los asaltantes?

Cuando el 26 de julio de 1953, los revolucionarios organizados y entrenados por Fidel arremetieron contra los cuarteles Moncada, de Santiago de Cuba, y Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, lo hicieron convencidos de que la lucha sería cruenta y en ella podrían perder la vida.

Para la acción solo disponían de ciento sesenta armas consistentes en escopetas Remington calibre 12, escopetas semiautomáticas Browning calibre 16; fusiles Stevens calibre 22, fusiles Remington calibre 22, una carabina Winchester calibre 12, una carabina Winchester calibre 30-30, una escopeta Winchester calibre 12, varios fusiles Mossberg calibre 22; tres carabinas Krag-Jorgensen calibre 30, una carabina M-1 de culata plegable calibre 30, un fusil New Springfield modelo 1903 calibre 30.06, una subametralladora Halcón calibre 45, una ametralladora

Thompson calibre 45; varios fusiles Savage calibre 22; una pistola Luger modelo 1908, calibre 9; pocas pistolas Colt calibre 45 y pocas Star de igual calibre.¹⁰

Pero no lo dudaron, porque la necesidad de revertir la situación política, económica y social prevaleciente en el país durante décadas, y agravada con el régimen de facto imperante desde el 10 de marzo de 1952, únicamente era posible mediante la vía armada. Prestos a desencadenar esta, se prepararon en secreto, y aquel memorable día se dispusieron a derrocar la tiranía o morir en el empeño.

Efectivos existentes en las instalaciones atacadas

Al arribar a julio de 1953, el ejército de Cuba contaba con diecisiete mil sesenta efectivos, de los cuales cuatrocientos dos se encontraban destacados en la fortaleza militar de Santiago de Cuba, sede del Regimiento nº 1 Maceo de la Guardia Rural, del escuadrón 18 del propio cuerpo y del Servicio de Inteligencia Regimental (SIR). En el momento del ataque no todos se encontraban en la instalación, pues algunos estaban de permiso y otros fuera con motivo de las fiestas del carnaval.¹¹

Como el Moncada era la segunda fortaleza militar más importante de la nación, su defensa revestía particular importancia; de ahí que contara con buen armamento y abundantes municiones, en su mayoría depositados en el cuartel. Se trataba de dos ametralladoras Browning calibre 50, y dos calibre 30; ochocientos sesenta y cinco fusiles New Springfield calibre 30.06; diez subametralladoras Thompson calibre 45; una pistola semiautomática

¹⁰ Mario Mencía: *Moncada. La respuesta necesaria*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2013, pp. 493-496.

¹¹ Información suministrada por la Máster Marilú Uralde Cancio, quien investigó el ejército durante el tiempo que trabajó en el Instituto de Historia de Cuba.

Colt calibre 45, y dos pistolas semiautomáticas Star calibre 45.¹²

Cuando fue atacado, en el cuartel Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, sede del escuadrón 13 de la Guardia Rural, así como de la capitanía y de la primera tenencia, había treinta y ocho efectivos. Los asaltantes vieron reducido su empeño de lograr la sorpresa, porque los militares se repusieron rápidamente y aplicaron su plan defensivo obligándolos a retirarse.

La acción perseguía el propósito de impedir que fuerzas de Holguín y Manzanillo acudieran en auxilio de las agredidas en la capital provincial; para ello se contaba también con la participación de los trabajadores de las minas de Charco Redondo, a quienes se había confiado la voladura de los puentes de Cauto Cristo y Bayamo.

Sangrienta orgía

De los ciento treinta y cinco hombres que al amanecer del 26 de julio de 1953 convergieron en Santiago de Cuba, y veinticinco, en Bayamo, solo cuatro de los primeros decidieron abstenerse de participar en el asalto. Este fue repelido y el saldo inicial de revolucionarios muertos se redujo a seis en el Moncada. Neutralizada la situación, el tirano Fulgencio Batista Zaldívar ordenó perseguirlos y asesinar a diez por cada una de sus bases: diecinueve muertos y treinta y uno heridos.

A partir de entonces se desató una sangrienta orgía que arrojó el asesinato de cuarenta y cinco de los atacantes al Moncada y diez de los de Bayamo, con lo que el saldo se elevó a sesenta y uno. A ellos se suman diez víctimas de la población civil, de las cuales dos fallecieron al ser alcanzadas durante el tiroteo, y el resto, a manos de las fuerzas represivas.

¹² Mario Mencía: Obra citada, pp. 497-498.

Lo acontecido el 26 de julio de 1953 no perseguía la toma del poder, sino el inicio de una revolución que transformaría el régimen político y económico social vigente en Cuba, y pondría fin al dominio extranjero, la miseria, el desempleo, la insalubridad y la incultura en que estaba sumida la población. A la conquista de estos objetivos ha dedicado la Revolución cubana cada uno de sus pasos, en marcha indetenible por la plena realización de los sueños de quienes ofrendaron la vida en ese empeño, porque, como expresó Fidel en el juicio por los sucesos de aquel día, los jóvenes que allí ofrendaron la vida “no están ni olvidados ni muertos”.

Mi debut como abogado

Con la caballerosidad de los viejos tiempos, que para él resulta sello distintivo, Héctor Canciano Laborí nos recibió en su apartamento del reparto Camilo Cienfuegos, en La Habana del Este, para desgranar los recuerdos de un acontecimiento que marcó la historia de Cuba y también su vida personal.



Héctor Canciano Laborí, uno de los abogados defensores de los asaltantes.

“El Moncada fue mi debut como abogado en la defensa, mi primer juicio”, afirmó este artemiseño, militante del Partido Ortodoxo, quien recién graduado como Doctor en Derecho estuvo vinculado con esos sucesos.

Según recuerda, lo acontecido el 26 de julio de 1953 provocó en Artemisa una conmoción social enorme:

Había comentarios por todas partes, la gente averiguaba quién estaba vivo o muerto, y eso llegó hasta la Logia Evolución. Un tabaquero compañero mío, con quien me había fajado hacía algunos años por cuestiones de faldas, fue a verme cuando se enteró que estaba vivo, porque, según él, se había corrido que yo también estaba desaparecido.

Canciano, ¿cuándo es que empiezan a acudir a su bufete los familiares de los artemiseños que participaron en las acciones del 26 de Julio y por qué usted decidió representar a uno de ellos?

Esa fue una decisión sumamente personal. A raíz del asalto al Moncada empezaron a circular los nombres de los jóvenes que habían muerto o desaparecido en las acciones, y muchos de los padres de los sobrevivientes comenzaron a buscar abogados que los representaran.

En esos días yo estaba organizando el bufete, y hasta mí llegaron los padres de Luis Arrastía y de Julito Díaz; familiares de Ciro Redondo y de otros más, que no tenían quién los defendiera ni con qué pagar. Yo no tenía un centavo, incluso me faltaba dinero para completar algunos detalles del bufete.

Mi hermana Belén y Abraham Martínez, quien aspiraba a representante, me ayudaron con dinero para que fuera al juicio. El padre de Marcos Martí se enteró de que yo iba allá y me dijo: “Te voy a dar dinero para que lo sa-

ques del país”. Le respondí que no podía aceptárselo, que esperara a que fuera a Santiago.

En el pueblo había muchos otros abogados, pero no quisieron implicarse en lo del Moncada. Me sentí comprometido, porque esos muchachos, muchos de ellos miembros de la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad, eran amigos míos y sus padres también. Ese fue mi contacto con los moncadistas. En la universidad yo había tenido trato con Fidel, pero no cercano.

Dos hermanos míos eran comunistas muy activos en Artemisa, y por esa razón, según me explicó después José Suárez Blanco, Pepe, no me tuvieron en cuenta para la acción que se organizaba.

¿Qué día llegó a Santiago de Cuba?

El 20 de septiembre. Los comunistas de Artemisa me aconsejaron que me pusiera en contacto con los compañeros del Partido que estaban allí para defender a Juan Marinello y a Lázaro Peña, a fin de que me orientaran, porque yo era nuevo y no conocía a nadie en esa ciudad. Cuando me encontré con ellos me preguntaron si ya había sacado mi certificación para presentarme, porque de no hacerlo no podría asistir al juicio al día siguiente. Les respondí que no y corrí para el Tribunal, hablé con la secretaria, le expliqué. Me dijo que iba a hablar con el doctor Adolfo Nieto, el presidente. Felizmente logré obtener mi certificado.

¿Cómo valora esa primera sesión del juicio, el 21 de septiembre?

Primeramente, percibí un enorme alarde de fuerza: en el exterior había hasta tanquetas y un cordón de guardias vigilando; a la entrada del Tribunal, otra posta, revisando documentos; en los estrados también, y detrás del presidente del Tribunal, el capitán Tandrón,

sentado en una silla vigilando todos los movimientos. Detrás de los presos había un grupo de soldados. Es decir, la audiencia estaba tomada militarmente.

Cuando estaban interrogando a Fidel, pedí la palabra. Le pregunté que si conocía a Luis Arrastía, mi defendido, y me dijo: "Jamás lo he visto". Realmente Arrastía no participó porque no lo llevaron, aunque era del grupo, y en consecuencia no fue condenado. Unos días antes había sido arrestado en Artemisa por un incidente con un arma; de todas formas lo detuvieron y lo sometieron a juicio.

El proceso, iniciado el día 21, tuvo varias sesiones. Yo estuve en las dos o tres primeras, porque se me acabó el dinero y viajé a Artemisa. Regresé cuando iban a dar a conocer las sentencias. Fue entonces que salí en defensa de Mario Collazo Cordero, Marino, quien durante el ataque había recibido una herida a sedal en la cabeza.

Él me había contado que cuando vio que el coronel Alberto del Río Chaviano mandaba a matar a todo el mundo, se hizo pasar por borracho y se abalanzó sobre él diciéndole: "Coronel, déjeme salir para matar a ese hijo de puta, ¡mire el botellazo que me dio por la cabeza! Yo me estaba divirtiendo aquí, y me ha metido en este lío". El médico lo salvó, porque Chaviano mandó a que lo reconociera para ver si era verdad. Dijo que sí, y lo soltaron.

Posteriormente lo detuvieron por su relación con los involucrados en las acciones y, citado a declarar, negó haber participado. Cuando a Marino le pidieron diez años, recuerdo como si fuera ahora, que se desplomó porque pensaba que sería absuelto. Fue entonces que le pedí la palabra a Nieto y al serme concedida alegué que el fiscal lo había puesto en libertad, al no tener acusaciones concretas contra él. Nieto, luego de pedir su opinión al fiscal, y también a los demás jueces, mandó a

Marino a ponerse de pie y le dijo: “Aceptado el alegato del defensor. Absuelto”.

Realmente yo no era su defensor, pues no había pagado el peso que se requería; y al salir en su defensa violé el código de ética, porque no estaba reconocido para ello. Eso confirma que aquel proceso fue totalmente anómalo, pues nadie, incluido el fiscal, estaba dentro de él.

Del juicio salí muy mal parado, con una cojera. Me la provocó el hecho de que al entrar Fidel, a quien estábamos impacientes por ver llegar, dije: “Ahí viene Fidel”, y un guardia que estaba junto a nosotros se puso tan nervioso que se le cayó el arma y esta me dio un fuerte golpe en un pie.

Por otra parte, cuando fui a la tabaquería en la cual trabajaba, a cobrar un dinero que me debían dar por subsidio, me sacaron una foto publicada en *Bohemia* y me dijeron que ya yo estaba ejerciendo y no podía cobrar nada.

Al retornar de Santiago de Cuba, ¿qué ocurrió?

En la primera sesión de la Logia a la que asistí después de regresar del juicio, hubo un comentario sobre los sucesos del Moncada con el cual no estuve de acuerdo. Cuando terminaron de hablar, expresé: “Miren eso es lo que publica la prensa intervenida, pero yo estuve allí y tengo muchos detalles, muchas cosas que prueban lo contrario, por ejemplo, cómo mataron a Marcos Martí, lo cual me contó precisamente Ciro Redondo: ‘Lo asesinaron a quemarropa’. Eso y muchas cosas más salieron en el juicio. Fue una cacería”.

Todos callaron. Por supuesto, mi intervención fue espontánea, pues no podía aceptar que dijeran eso, cuando aquellos amigos fueron asesinados.

¿Qué significa para usted el haber comenzado a ejercer como abogado de la defensa en un juicio tan importante que ha sido catalogado como el más trascendental de la historia de Cuba, en el siglo xx?

En ese momento solo le di el valor de ser mi estreno, me sentí en cierta forma satisfecho porque mi representado resultó absuelto. Con el paso del tiempo es que me he percatado de la magnitud de aquel hecho, y lo veo como lo que significa para la historia de la humanidad. Entonces mi pensamiento era que un tabaquero, que además estudió por la libre, pudo soltar la chaveta para ejercer como abogado.

Huellas del alma

Las cartas son huellas del alma, son como un libro abierto en el cual se des-parraman las ideas, los sueños y los principios. Así lo hicieron patente Ciro Redondo García y Julio Díaz González, Julito, dos de los artemiseños que fueron exponentes del valor de los hombres de esta tierra —estuvieron entre los asaltantes al cuartel Moncada y acompañaron a Fidel Castro en el desembarco del yate *Granma*— durante el tiempo que permanecieron prisioneros, primero en la cárcel de Boniato, en Santiago de Cuba, y posteriormente en el presidio de Isla de Pinos.

El amor a la familia, en particular a las madres, padres y hermanos; el cariño a los amigos y amigas; el compromiso con la patria y sus ideales; la hermandad con sus compañeros de lucha fueron, entre otros, pasajes que se desgranaban en sus misivas que tuvimos la

oportunidad de consultar en el Museo Municipal Manuel Isidro Méndez, en Artemisa. Amarillos por los años, esos papeles son vivo testimonio del pensamiento revolucionario de ambos.

Ciro

El dolor que experimentaba Clara, la madre, lo conmovía. En varias oportunidades le escribió, como por ejemplo el 21 de noviembre de 1953, ocasión en la cual le manifestó:

El día de ayer tú no te puedes imaginar lo que ha significado para mí ya que después de tanto trabajo para poderme ver, por fin llegó, llegó pero se fue más rápido que todos. Pero yo creo que volverán de nuevo y entonces estaremos juntos para siempre y no habrá nada que nos separe.

Y describe la alegría de sus compañeros por la comida que ese día le habían enviado:

Estaban locos por el arroz con pollo, la carne de puerco y los tamales, dicen que en su vida han comido tan bien sazonada una comida. Recibí todo lo que dice la lista.

Tú no sabes la sorpresa que me dio ver a papá ya que hacía tiempo que no lo veía y tú mamá podrás imaginarte los deseos tan inmensos que tengo de verte a ti y a mis hermanos y demás familiares. Bueno, lo único que hay que hacer es tener resignación que todo llega.

Con un desvelo sin límites le expresó:

Mamá, lo único que te pido es que te cuides (que te cuides) todo lo más que puedas y que salgas a

dar algunas vueltas aunque sean en el mismo pueblo, pero lo que quiero es que te distraigas algo. Ya que papá me vio y me encontraron de lo más bien, como es que estoy bien de salud.

También mostraba preocupación por el resto de la familia:

Querida mamá, me han dicho que Orlando está más alto que yo ¿es verdad? Y que Efraín ya no toma cerveza (ME ALEGRO), ya que yo no puedo tomarla que no la tome él.

Bueno mamá, vamos a ver si para el mes que viene puedes venir si te encuentras mejor de salud.

Antes, desde la cárcel de Boniato, el 8 de septiembre de 1953, había escrito a su papá, el gallego Evaristo Redondo Tejeiro; le dedicó una carta especial “para que veas que yo siempre me acuerdo de todos”. En ella le reiteraba que no se preocuparan por él, “ya se lo he mandado a decir en todas las cartas”.

Y como para darle fuerzas, le apuntó:

Papá tú sabes bien que no soy igual que tú, que te ahogas en un vaso de agua, yo no le doy ninguna importancia a las cosas, si tú te pones a pensar que estas preso y que no puedes salir, entonces lo que haces es desesperarte. Yo soy todo lo contrario, estoy preso, está bien, qué le vamos a hacer, cualquier día salgo.

Tú sabes una cosa que me pone mal es que me manden a decir que tú estás disgustado, yo sé bien que tienes que estarlo porque yo soy tu hijo, pero nosotros los hombres por lo menos tenemos que portarnos como hombres y darle valor a las mujeres que son más débiles y echar para adelante, que tu

verás que todo sale bien. Bueno papá, sé fuerte y palante. Se despide de ti, con un fuerte abrazo de quien no te olvida.

Yo no pensaba que me trasladaran para la Isla de Pinos tan pronto pues me habían dicho que era para después del día diez, tú sabes que estos viajes son de recoge vamos.

Le dices a Zobeida que cuando me escriba, recoja todos los retratos que tengo en el chiforrober y me los envíe, pero que certifique la carta para que no se pierdan, están en una cajita de medias, en la parte que yo tenía los pantalones, que me los envíe todos que yo quiero hacer un álbum lo antes posible.

En otra carta expresó:

[...] Yo no sé por qué tratan de engañarme. A ti te ingresaron en la quinta y no me dijeron nada (Porqué hacen eso) de todas manera a mí me lo mandan a decir todo lo que pasa en esa. Y prefieren que me lo diga otra persona que ustedes. No quiero que vuelva a suceder más.

Te diré que nada más he recibido una sola caja que venía las libretas, lápices, camisa enguatada, el pulóver, los libros, etc. Si me mandaron otra, no lo he recibido. Esta la trajo Efraín. No digas que se me hace pesado escribir, si yo escribo dos o tres veces semanales para esa y no me explico porque no llegan las cartas y las que llegan se demoran tanto.

Dile a papá que no se desespere, que tenga calma, ¿que por qué se desespera? Olleme (*sic*), tiene que comer fíjate, que también estás enferma y si no comes, a dónde iremos a parar.

No quiero que hagan gasto por mi ninguno. Yo no sé porque tú te pones a comprarme un re-

loj, ya que ese dinero lo pueden emplear en otra cosa [...]

Tengo bastante apetito, parece que me han asentado los aires de Isla de Pinos. Yo le mandé a decir a Efraín que me trajera un par de tenis [...] sino me lo han comprado le dices que me los cambie por (straid) que son altos. Me traen la pluma y el lapicero que tengo en la gaveta del aparador [...]

Respecto a las clases que estamos dando aquí te diré que son Filosofía, Matemáticas, Inglés, Francés, Economía Política, Historia Universal y otras más. Ahora, los profesores de esas clases son compañeros míos.

Julito

El amor a la familia era inmenso:

Con mucha alegría recibí tu carta, pero luego de leerla, me hizo vibrar el corazón como una cuerda herida, pues créeme que no he dejado ni un instante de pensar en el problema de ustedes. Yo pensé en pasarle inmediatamente un telegrama al Dr. Canciano para ver si él podía hacer algo, pero después de meditar, saqué en conclusión que él nada podía hacer sobre eso.

También me tiene preocupado la boda de Amelia porque sé que aunque no hagan fiesta, pero también tienen sus gastos. Quiero que le digas a mis hermanos Eumelia y Emilio que les deseo toda la felicidad que ellos se merecen y que no se preocupen por mi ausencia que yo soy feliz sabiendo que ellos lo son. Les dices que me envíen el recortico del periódico que los mientan a ellos.

Si el doctor Elizardo viene a la boda le da un fuerte abrazo en mi nombre y le hacen saber mi

agradecimiento, y el de todos mis compañeros: por su valiente defensa en Santiago de Cuba. Bueno, como ustedes saben, desde que Fidel Castro fue separado de nosotros se suspendieron las clases de Economía Política y también de Filosofía ya que él era el encargado de eso. Pero ayer inauguramos el curso de oratoria del Doctor Carlos Zapata, el mismo que se está dando actualmente en la Universidad, todos los que ingresamos tuvimos que hablar por varios minutos y explicar los motivos que nos habían impulsado a ingresar en el curso, y varios ejercicios más. ¿Qué te parece la idea?

El 3 de enero de 1954, le escribió a su prima Zenaida Camacho recriminándola porque ella solo lo había hecho una vez:

Quiero que me cuentes cómo te encuentras y que me digas cómo pasaste las navidades. Espero que las hayas pasado alegres y contentas ya que estarías en unión de tus familias, yo en cambio no pude experimentar esa alegría, pero en realidad, estoy conforme con mi destino.

Las cartas de ambos mártires dan fe de los principios y valores de aquellos jóvenes que se incorporaron a la lucha revolucionaria para liberar a la patria de la tiranía de Fulgencio Batista.

Ni olvidados ni muertos

Las palmeras, ocujes y majaguas parecen guardias insomnes de todo el Mausoleo a los Mártires de Artemisa. Dan sombra y a la vez vida; las hojas transpiran paz y los sinsontes rompen el silencio detenido en el tiempo.



Su cuidado está en las manos de nueve mujeres y un hombre, que cada día amanecen con el alma puesta en esta obra, orgullo de los artemiseños.

“Muchos de esos combatientes que hoy descansan por siempre en el Mausoleo partieron el 24 de julio de 1953 de este

Mausoleo a los Mártires de Artemisa, hermoso homenaje a los jóvenes moncadistas.

reparto, que se llama La Matilde”, afirmó Mabel Martínez Deuloufeu, directora del complejo, y explicó:

Está concebido como una tumba, pero abierta a ambos lados, incluso, en la Sala o Cámara Mortuoria, las paredes están diseñadas en forma de talud, o sea, seminclinadas. La abertura superior permite la entrada del sol, el aire y la lluvia.

La idea fue hacer un monumento insertado en la comunidad, que se relacionara con el pueblo, con el visitante; no transmitir lo frío de la muerte, de lo estático.

Inaugurado el 16 de julio de 1977 por el líder de la Revolución, Fidel Castro Ruz, el conjunto arquitectónico comienza en la carretera que une los municipios de Guanajay y Artemisa. En la senda derecha de la vía —de Artemisa a la capital—, destacan los túmulos o elevaciones que indican la partida de los revolucionarios hacia Santiago de Cuba. Los diecisiete cubos de mármol, cada uno con el nombre de un mártir, representan la pureza de las ideas por las cuales lucharon los jóvenes.

La entrada al monumento es un túnel, seguido de seis paños de barro cristalizado.

Apunta la directora:

Los nichos emergen de la tierra. Las efigies, de metal, fueron creadas por la artista Olga Hernández. La Cámara Mortuoria es redonda. Todos participaron en esa acción, fueron capaces de dar la vida por la Revolución, por las ideas, aunque no todos los que están en ella murieron en el Moncada. En el caso de Ciro Redondo fue en el combate de Mar Verde; Julito Díaz, en el de Uvero, y José Ramón Martínez Álvarez, en Alegría de Pío.

En el Mausoleo descansan combatientes de Artemisa, Guanajay y Caimito, así como uno de Pinar del Río. Con la creación de la provincia, se han hecho estudios para determinar la cifra exacta de todo el territorio artemiseño.

En la construcción participó un equipo multidisciplinario que trabajó vitral, escultura mural y fotografía, encabezado por el arquitecto Augusto Rivero Mas, e integrado también por Dolores Espinosa y Marcial Díaz.



Infografía tomada de la edición digital del periódico *Granma* correspondiente al 13 de julio de 2017.

El panteón exterior se inauguró el 17 de enero del 2000, para acoger a los combatientes que participaron en el Moncada, sobrevivieron y han fallecido después de 1959.

La directiva resaltó la reparación capital realizada del 2008 al 2010, que comprendió diferentes acciones como el cambio de cubierta del Cubo de la Victoria, la sustitución de las redes eléctricas e hidráulicas y la restauración del vitral.

Pasión y amor en una obra

La joven directora no puede evitar que la pasión por su labor brote en cada una de sus palabras. Casi acababa de graduarse en la especialidad de Historia del Arte, cuando tuvo la oportunidad de comenzar a trabajar en este centro.

En su explicación destaca a la Sala Museo, en la cual se muestra una colección de objetos pertenecientes a los combatientes:

Detrás de una figura relevante tiene que haber un gran hombre; no todo el mundo es capaz de ese sacrificio.

Los objetos tienen que ver con la personalidad de cada uno de ellos; por ejemplo, hay un juego de ajedrez de Ciro, que era un hombre inteligente; un traje de Julito, quien era muy presumido, además bello; una pieza que es un corazón de madera perteneciente a Emilio Hernández, con la foto de una novia que él tuvo.

Como la pieza más significativa en la colección valora la cruz de madera que fue colocada en Mar Verde cuando murió Ciro Redondo García, en el combate allí sostenido, el 29 de noviembre de 1957. El epitafio escrito en ella fue redactado por el Che, y dice: “Enemigo: respeta esta muestra de dolor por un adversario digno”. Se guardó en Santiago y después se entregó al Mausoleo.

La Sala Museo, que atesora objetos e imágenes, está montada en orden cronológico y recoge los preparativos para la acción, los ataques a las fortalezas militares, el presidio, el desembarco del *Granma* y, por último, la lucha armada en la Sierra Maestra.

En la Sala de la Victoria se muestran armas utilizadas en los hechos y fragmentos de un poema de Jesús Orta

Ruiz, dedicado al municipio, el cual dice que “Hay sangre de Artemisa brillando en la bandera”.



Una de las misiones del Mausoleo es contribuir a la formación patriótica de las nuevas generaciones. Momentos en que la directora de la instalación guiaba la visita de niños de la localidad por la Sala Museo.

Promover la historia y el patrimonio

Mabel define el Mausoleo como un memorial, cuya misión fundamental es, primero, conservar, proteger, acoger los restos de esos combatientes; y después, promover la historia de Artemisa y su patrimonio cultural.

Hacemos actividades como conferencias, charlas, proyectos para divulgar esa historia. Además, somos sede de actos municipales, provinciales y nacionales. La idea siempre ha sido mantenerlo como un monumento sobrio, digno, pero vinculado a la vida.

Hablar de Fidel para ella tiene un significado especial. Lo atendió por primera vez en el 2001, durante su visita.

Yo era muy joven, y lo primero que me dije fue: no puedo llorar, porque si lloro cómo lo atiendo. Tengo que tener la cabeza fresca.

Ese día preguntó mucho, sobre todo acerca del Moncada, y le expresé: Comandante, qué yo le voy a decir a usted del Moncada. Empezó a conversar conmigo de Artemisa y de los artemiseños. Cuando llegó a los nichos de Julito y de Ciro, les pasó la mano. Estaba emocionado.

En la segunda visita, el 24 de julio del 2010, aquello fue apoteósico. Me dijo: “Me puse la camisa verde olivo y vine a visitar el Mausoleo”. Todo el pueblo salió a saludarlo, a mostrarle su cariño.

Ante la pregunta de cómo es acogido el Mausoleo entre los artemiseños, asegura que es muy conocido, querido y respetado.

Los vecinos del entorno me llaman cuando hay algo, como por ejemplo, si la bandera está mal izada; son mis colaboradores, porque en tiempos de ciclones nos han ayudado a recuperarnos.

En el verano hacemos un plan de actividades, y se establece una jornada conmemorativa para recordar los sucesos del 26 de julio de 1953 y los aniversarios de la fundación del Mausoleo.

Las nuevas generaciones, deben conocer que nuestros mártires son los hombres que lucharon por lo que hoy disfrutamos, y están vivos en cada obra de la Revolución, están vivos en Artemisa, están vivos en el pueblo donde nacieron, donde siempre se les rendirá tributo.



El Mausoleo es frecuentemente visitado por los niños residentes en sus proximidades.

Relación de los combatientes (17) cuyos restos reposan en la Cámara Mortuoria del Mausoleo¹³

De Artemisa:

1. Carmelo Noa Gil
2. Flores Betancourt Rodríguez
3. Guillermo Granado Lara
4. Tomás Álvarez Breto
5. Antonio Betancourt Flores
6. José Antonio Labrador Díaz
7. Rigoberto Corcho López
8. Ismael Ricondo Fernández
9. Emilio Hernández Cruz
10. Gregorio Careaga Medina
11. Marcos Martí Rodríguez
12. Ciro Redondo García
13. Julio Díaz González. Todos ellos de Artemisa.

De Guanajay:

1. José Ramón Martínez Álvarez
2. José Francisco Costa Velásquez
3. Alfredo Corcho Cinta

De Pinar del Río:

1. Lázaro Hernández Arroyo. Joven nacido en Pinar del Río, que se integra al movimiento en La Habana. Su célula participó en el asalto al cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo. Fue asesinado.

¹³ Información facilitada a las autoras en el Mausoleo a los Mártires de Artemisa.

Con Fidel se rompe el protocolo

El perenne homenaje a los caídos en la lucha revolucionaria fue una constante en la vida de Fidel Castro Ruz, líder de la generación de jóvenes que en el empeño por derrocar a la tiranía de Fulgencio Batista, el 26 de julio de 1953 asaltaron los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes.

En su alegato ante el tribunal que el 16 de octubre de 1953 lo juzgó por aquel acontecimiento, Fidel afirmó que sus compañeros no estaban “ni olvidados ni muertos”, e invariablemente fiel a esa expresión no desaprovechó cuantas oportunidades se le presentaron para rendirles tributo.

Ese sentimiento lo llevó a visitar en varias ocasiones el Mausoleo a los Mártires de Artemisa, memorial donde descansan los restos de los hijos de esa localidad caídos tanto en las acciones de aquel glorioso día que reinició la lucha emancipadora, como en el transcurso de esta.

Su calor humano

Con evidente emoción, Mabel rememoró la visita efectuada por el líder revolucionario en el 2001.

Acostumbrada a recibir a personalidades de alto nivel, entre ellas presidentes, embajadores y otros miembros del cuerpo diplomático; renombrados científicos y artistas, cada una de las cuales exige determinado protocolo, afirma que con Fidel este “se rompe en cuanto pronuncia la primera palabra, por su gentileza, modestia, sencillez, amor al prójimo, y el gran calor humano que transmite en todo momento”, y apuntó:

Entonces yo era muy joven y al tenerlo delante sentí que se me derrumbaba el mundo. Pero me dije que no podía llorar, necesitaba tener la cabeza fresca para poder atenderlo.

Cuando lo invité a bajar a la Cámara Mortuoria, me dijo: “Aquí la que manda es usted. Yo voy detrás y usted me guía”, y le expresé que qué podía decirle yo del Moncada. Empezó a conversar conmigo de Artemisa y de los artemiseños. Al llegar a los nichos de Julito Díaz y Ciro Redondo, visiblemente emocionado les pasó la mano.

Llegado el momento de colocar la ofrenda, me indicó: “Usted, que es la dama”. Le respondí: De ninguna manera, Comandante, yo no me puedo perder esa foto, porque tengo un compromiso aquí con mi pueblo. Devele usted esa ofrenda floral. Aceptó con un “Pero no se me quite de al lado”.

Al rememorar aquella visita, Mabel nos habló de Leonor, museóloga del centro ya fallecida:

Ella no veía y le preguntó si lo podía tocar y él le respondió: “Como no, tócame”. Leonor le confesó

encontrarse tan emocionada, que estaba a punto de desmayarse, y él le señaló que tenía que hacer como la directora, que la veía tan tranquila. Ante tal afirmación, intervine: Ni lo piense, que a mí también me va a dar algo aquí; me caigo muerta, y me dijo: “No te puedes caer muerta, porque tú estás muy fuerte y yo no te puedo cargar”.

¡Qué presidente hace eso!

“Me puse la camisa verde olivo y vine a visitar el Mausoleo”, fueron las primeras palabras que el líder de la Revolución dirigió a Mabel, en su última visita al Mausoleo, el 24 de julio del 2010.

Ya recuperado de la grave enfermedad que lo aquejaba, quiso tener un encuentro con los combatientes artemiseños. Habló durante unas dos horas y leyó el Llamamiento a los combatientes de Artemisa y de Cuba.

Los trabajadores nuestros estaban entre los asistentes, y se interesó por el estado de cada uno de ellos. No se olvida de nada ni de nadie.

En el momento de retirarse, me preguntó: “¿Cómo estuve?” ¿Se dan cuenta de lo que son los grandes hombres? Le respondí: ¿Cómo va a estar, Comandante? Divino. Usted, como siempre, nos dio una clase magistral. Ante mis palabras se viró para el escolta y le dijo: “¿Viste lo que me acaba de decir la directora? Que yo estuve muy bien”. ¡Caballero, qué presidente hace eso!



"Me puse la camisa verde olivo y vine a visitar el Mausoleo", fueron las primeras palabras que el líder de la Revolución dirigió a Mabel, en su última visita al Mausoleo, el 24 de julio de 2010.



Última visita del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz al Mausoleo, el 24 de julio del 2010. Frente a él, de izquierda a derecha, Gelasio Fernández Martínez y Ramón Pez Ferro, participantes en las acciones del 26 de julio de 1953, en Santiago de Cuba.



Anexos



Anexo 1

*De acusado en acusador*¹⁴

Aún Marta Prieto Valdés era estudiante cuando su profesor de Derecho Constitucional insistía en la importancia del conocimiento de documentos políticos y jurídicos cumbres en la historia patria, como medio para conocer los fundamentos del presente.

Fue precisamente en ese entorno donde tuvo sus primeros acercamientos, desde el punto de vista académico, a *La historia me absolverá*. Desde entonces no deja de conmoverla la riqueza del alegato pronunciado por Fidel Castro Ruz, el hombre que en poco tiempo se convertiría en el Comandante en Jefe de todo un pueblo.

Profesora de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana desde 1976, año en que concluyó la licenciatura, es hoy Doctora en Ciencias Jurídicas y profesora titular de Derecho Constitucional en ese centro de altos estudios.

¿Qué principios del Derecho Procesal fueron violados durante el juicio seguido a los asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes?

Fueron varias las vulneraciones. Se estaba violando un principio elemental del Derecho Penal, ya que el hecho imputado tenía que corresponderse exactamente con el

¹⁴ Publicado por Felipa Suárez Ramos y María de las Nieves Galá León, en *Trabajadores*, el 14 de octubre de 2013.

tipo de delito prescrito por la ley, pues, como manifestó Fidel, si no hay ley exactamente aplicable al punto controvertido, no hay delito.

Se les pretendía sancionar por acciones contra los poderes constitucionales; pero el proceso mismo contradecía un principio consagrado en la propia Carta Magna, ya que no hubo alzamiento contra los poderes constitucionales, pues el poder no lo era, había sido arrebatado al pueblo mediante el golpe de Estado. Pero además se estaba luchando para restituir ese poder legítimo.

También se limitó el derecho a los encuentros con los abogados de la defensa, al acceso a la información consignada en el documento acusatorio, y al principal encartado se le juzgó en solitario.

¿Bajo qué amparo jurídico y constitucional realizó Fidel su autodefensa?

Según la Constitución de 1940, artículo 40, párrafo 2: Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados anteriormente.

En este caso, el derecho del pueblo a la resistencia para manifestar su oposición al Gobierno o medidas suyas era legítimo como vía para defender los derechos de la nación, de acuerdo con lo estipulado en la Constitución de 1940.

Lo que hicieron los revolucionarios fue rebelarse contra los poderes inconstitucionales, por tanto no había fundamento para la sanción. Aún más, defendieron el derecho a la rebelión, aunque no estuviese en la letra, en tanto acciones contra el tirano para restablecer la soberanía del pueblo y defender los derechos de la nación.

El alegato es una contundente acusación de las violaciones al régimen constitucional cometidas por la

tiranía batistiana. ¿Cuáles fueron las principales violaciones denunciadas?: inconstitucionalidad del golpe de Estado, por usurpación de la soberanía del pueblo, lo cual constituía una burla de la institucionalidad para asegurar la voluntad de un grupo en contra del pueblo.

Además, los Estatutos pretendieron legitimar jurídicamente a Batista en el poder, y el procedimiento de reforma en ellos establecidos. Una ley, aun reconociéndosele carácter especial, no puede legitimar un poder golpista.

En su alegato, Fidel criticó la componenda política de la cual habían nacido los órganos de poder previstos en los Estatutos: un Presidente que designaba a los integrantes del Consejo de Ministros y unos ministros que aprobaban al Presidente. Tal incongruencia la calificó como la misma relación entre el huevo y la gallina, y la pregunta de cuál es primero. Asimismo, criticó la concentración de poder y la falta de equilibrio y contrapeso entre los órganos.

La inconstitucionalidad de la decisión que en su momento adoptara el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales legitimando los Estatutos frente a los reclamos de su ilegalidad y del restablecimiento de la Constitución de 1940. Se trataba de una decisión absurda, pues el pueblo no tenía por qué respetarla: iba en su contra y constituía un acto de traición a él y a la Constitución.

¿Cuáles son los valores de La historia me absolverá desde los puntos de vista jurídico, político, filosófico y ético? ¿Qué significación tuvo en aquel momento y para la posteridad?

La historia me absolverá, además de alegato de Fidel en el juicio que se le siguió por las acciones del 26 de julio de 1953, contiene el programa político, jurídico y

social de acción que aquel movimiento revolucionario habría de instaurar si triunfaba.

Se transformó en pauta para la acción posterior, radicalizada durante los primeros años de la provisionalidad del Gobierno Revolucionario con la adopción de varias leyes, entre ellas las seis de nacionalización, y otras medidas de índole económica, política y social que permitieron modificar las estructuras socioeconómica y política cubanas.

La causa número 37 de 1953 es considerada como el proceso penal más importante de la historia cubana. ¿Por qué?

Inicialmente, en el juicio se planteó que era la más importante por la concentración de acusados y el interés de utilizarla como fórmula ejemplarizante respecto a aquellos que pretendieran luchar contra la tiranía. Y fue más relevante porque sirvió de medio para la denuncia pública de los crímenes y las violaciones cometidos por la tiranía, porque permitió transformar a los acusadores en acusados.

Fidel aseveró que el juicio sería trascendental, porque había permitido mostrar los horrores de la tiranía y la decisión del pueblo; se juzgaba a un acusado en esos días, pero el tribunal sería juzgado tantas veces como aquel presente fuera sometido a la crítica demoledora del futuro, pues el problema de la justicia es eterno y por encima de lo que digan los jurisconsultos y doctornarios, el pueblo tiene de ella un profundo sentido. Los pueblos poseen una lógica sencilla, pero implacable.

Enfatizó, además, que el debate en el juicio no se produciría en torno a la libertad de un individuo, sino con respecto a la libertad de todos y a las bases de la nación.

Según su criterio, ¿qué relevancia tiene La historia me absolverá para la enseñanza del Derecho Constitucional?

En este documento hay una fehaciente defensa de la soberanía popular como fundamento de la adopción y la reforma de las constituciones, así como de la selección de los gobernantes.

Subraya la importancia de las constituciones como ley de mayor jerarquía de un Estado, que ha de ser respetada por todos, debido a la observancia a los poderes constitucionales y al aparato del poder constituido conforme a la regulación constitucional; la diferencia entre revolución y golpe de Estado, y la licitud y legitimidad de la primera en detrimento del segundo; la referencia a que las revoluciones sí pueden hacer hondas transformaciones y generar un nuevo derecho que no tiene que anclarse en el anterior.

Anexo 2

Fundación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Artemisa¹⁵

José Antonio Fernández Riesgo¹⁶

Daniel Suárez Rodríguez¹⁷

Los elevados niveles de corrupción políticos y administrativos del gobierno auténtico de Ramón Grau San Martín y todo un cúmulo de irregularidades ocurridas en este período gubernamental, provocan el descontento popular, por un lado, y la respuesta airada y enérgica de políticos desprovistos de vicios y lacras, por otro. En este contexto se produce la ruptura, el desprendimien-

¹⁵ Copia digitalizada en poder de las autoras, facilitada por Daniel Suárez Rodríguez. Para esta edición, se le hicieron algunas modificaciones.

¹⁶ José Antonio Fernández Riesgo, combatiente de la lucha clandestina, vicepresidente provincial de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana. Fundador del Partido Comunista de Cuba. Por la militancia revolucionaria de sus padres desde las filas del Movimiento 26 de Julio, su vivienda, ubicada en la calle Baire No. 3112 fue centro de operaciones y puesto de mando de algunas de las principales acciones y preparativos de la lucha clandestina en Artemisa. Este trabajo es el resultado de sus investigaciones, a partir de entrevistas personales y de datos que durante años, de forma paciente y laboriosa, ha ido recopilando.

¹⁷ Daniel Suárez Rodríguez, Director de la Biblioteca Provincial Ciro Redondo García, en Artemisa, y Presidente de la Filial Provincial de la Unión de Historiadores de Cuba en esa provincia.

to de Eduardo R. Chibás del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), fundando entonces el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), con el propósito de enfrentar desde las más limpias y pulcras posiciones políticas, los desmanes del gobierno de turno, convirtiéndose por ello en un fenómeno de pueblo y en una esperanza de cambio para Cuba.

Artemisa no fue una excepción. En 1948 se funda el Partido Ortodoxo en la Villa Roja, sin contar entonces con un local que le sirviera de sede al trabajo de sus afiliados. Las reuniones y otras actividades propias de la organización se realizaban en las viviendas particulares, siendo al efecto la más frecuentada la casa garaje de Abraham Martínez, ubicada en la calle Martí, entre General Gómez y Maceo.¹⁸ Con este mismo fin se empleaban la casa de Arcadio García, que se encuentra en la esquina de las calles General Gómez y General Díaz, así como el bufete del abogado Héctor Canciano Laborí.

Entre finales de 1848 e inicios de 1949 se funda en la Villa Roja la Juventud Ortodoxa, cuya asamblea constituyente tuvo lugar en la Sociedad Luz y Caballero,¹⁹ que al no contar tampoco con sede propia debía efectuar sus encuentros y reuniones en el Parque Libertad y en la cafetería El Gran de París, en la calle República, al fondo del hotel Campoamor y frente a la puerta principal de la iglesia católica.

¹⁸ Actualmente en este lugar radican las oficinas comerciales de ETECSA en el municipio.

¹⁹ La Sociedad Luz y Caballero se fundó en el año 1899, pero el edificio de referencia se construyó años después para que sirviera de sede a esta institución; fue inaugurado el 26 de abril de 1914. Allí se velaron los restos del comandante Ciro Redondo García, el 13 de marzo de 1959, escoltados hasta Artemisa por Camilo Cienfuegos. Desde el 18 de julio de 1964 esta edificación sirve de sede a la biblioteca que lleva el nombre de ese mártir moncadista y guerrillero.

Para las elecciones de esta constituyente existieron dos candidaturas, la que encabezaba Reinaldo Quintana, el bizco Quintana, hijo del dueño de la fábrica de tabacos La Hoja Selecta, ubicada en la calle General. Gómez, entre Baire y Yara y a la cual apoyaban los elementos burgueses que militaban en la ortodoxia, mientras que su contraparte se conformaba a partir de compañeros del sector obrero, integrada, entre otros por Rodolfo Torres, el Gordo Torres, quien trabajaba por entonces como cantinero del El Gran París; José Suárez Blanco, Pepe, estibador del almacén de piñas que existía en calle República y línea del ferrocarril, en el reparto La Matilde; Argelio Mederos Masa,²⁰ entonces escogedor de tabaco de la fábrica Villamil, y Narciso Quintana, primo de Reinaldo y tabaquero de la fábrica La Hoja Selecta.

Después del proceso eleccionario, precedido por una amplia e inteligente labor de propaganda, la fracción obrera resultó ganadora y la máxima dirección de la ortodoxia joven artemiseña quedó conformada por los compañeros siguientes: Rodolfo Torres, secretario general; José Suárez Blanco, secretario organizador; Argelio Mederos, secretario de divulgación y propaganda, y Narciso Quintana, secretario de actas.

De este proceso de candidatura y posterior elección se destacan dos elementos: en primer lugar, que gracias a la propaganda y a los recorridos que hacían los miembros de la fracción obrera buscando adeptos, convenciendo, conversando, dando argumentos para ganar seguidores, principalmente en centros de trabajo, en los barrios de Las Cañas, El Pilar, Pijirigua, en el trabajo y el contacto

²⁰ Argelio Mederos Masa, combatiente de la lucha clandestina, fundador del PCC, al triunfo de la Revolución ocupó importantes responsabilidades, entre ellas la de secretario de la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR) del Comité Regional del PCC en el Regional Artemisa, por varios años.

directo con jóvenes obreros que, como ellos, tenían inquietudes revolucionarias y se cuestionaban seriamente el sistema político imperante, se van dando a conocer y se suman jóvenes que después formarían parte de la Generación del Centenario, como Ciro Redondo y Julio Díaz, entre otros. En segundo lugar, resulta significativo que de la asamblea constituyente de la Juventud Ortodoxa de Artemisa, dos compañeros fueran electos como delegados a la constituyente de la provincia de Pinar de Río: Pepe Suárez y Argelio Mederos Masa, asamblea que se realizó en el hotel El Globo, de la capital provincial, y tanto Pepe como Argelio fueron también elegidos para representar a la provincia pinareña en la Asamblea Nacional de la Juventud Ortodoxa, lo que demuestra el prestigio y la ascendencia que iba ganando la juventud revolucionaria artemiseña en la región de Vueltabajo .

En lo adelante fue muy activo el trabajo de la dirección de los jóvenes ortodoxos de la Villa Roja. Según relatara Argelio Mederos en entrevista realizada por Fernández Riesgo, este ejecutivo trabajó de forma consciente, organizada y constante en la captación de nuevos miembros para sus filas, tanto dentro de la parte urbana de Artemisa, como en la rural, por lo que él y Pepe Suárez iban a hablar directamente con los jóvenes en su Studebequer Champion para sumarlos a las filas de la Juventud Ortodoxa, llegando a tener en 1951 alrededor de doscientos cincuenta miembros.

El caso del Gordo Torres adquiere un matiz particular dentro de este aparato de dirección, por la febril actividad que desplegara, sobre todo en los días posteriores al golpe de Estado de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, período durante el cual desbordó todos los perfiles del típico secretario general, más allá de su trabajo de orientación y control del trabajo de la organización. Se destacó por toda una serie de actos de repudio al

tirano, en forma abierta, valiente y, en ocasiones, descuidando su protección e integridad física y personal, distinguiéndose en acciones como el mitin efectuado frente al busto de Maceo, en el Parque Libertad, al día siguiente del golpe militar; el que encabezó frente a la terminal de ómnibus de la Ruta 35, encaramado en el techo de una guagua, o el que tuvo lugar en la fábrica de tabacos Villamil, donde hubo que esconderlo del ejército dentro de un barril de tabaco.

Estas acciones y otras provocaron que cuando se comenzaran a organizar los jóvenes para la acción armada contra el régimen, orientada por Fidel a Pepe Suárez, al Gordo Torres no se le dio participación alguna, ya que se encontraba “quemado”, o sea muy vigilado por las fuerzas represivas del régimen, lo cual trajo consigo que una vez enterado de los sucesos del 26 de julio de 1953, fraguado —sana y razonablemente— a sus espaldas con aquellos jóvenes que él dirigía, se disgustara de forma seria con Pepe Suárez, aglutinador y organizador del grupo de combatientes.

Reacción local ante el golpe de Estado batistiano

Como en el resto del país, la respuesta airada en Artemisa al golpe artero del 10 de marzo de 1952, no se hizo esperar. En horas de la mañana de ese mismo día se reunieron los trabajadores del Bar Millar, bajo la dirección de José Francisco Lavandera Collazo, Tito, con el propósito de efectuar una protesta pública en contra de tan sutil y ladina maniobra capitaneada por Fulgencio Batista Zaldívar.

Los estudiantes, dirigidos por René Rivera, Lucas Ponzoa y otros, contando con el alumnado de vanguardia del Instituto de Segunda Enseñanza²¹ de Artemisa,

²¹ Ubicado en esos momentos en la calle Maceo, entre Martí y General Díaz, donde actualmente se encuentra la Dirección Municipal de Educación.

ocuparon el plantel y se declararon en huelga y posteriormente realizaron una manifestación, mientras que al unísono se editaba en la imprenta Hermanos Ponce un manifiesto donde se condenaba el golpe de estado, lo que provocó que ambos fueran detenidos con posterioridad, al igual que José Ramón Ponce Díaz, Pepe,²² quien al respecto planteó:

[...] un día después del golpe de Batista, los estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de Artemisa me pidieron que les imprimiera un manifiesto contra el 10 de marzo. En el pie de imprenta le puse: Hermanos Ponce. Llegó el jefe del escuadrón, Esteban Pérez Pantoja. Me detuvieron. Me golpearon. Me rompió la imprenta y a partir de ahí comencé la lucha.²³

El 17 de abril de ese año los cuerpos represivos de la tiranía desplegaron una feroz represión contra el Partido Socialista Popular y sus militantes en Artemisa, comenzando con el allanamiento de sus oficinas, la destrucción de sus pertenencias, así como la detención de los militantes que allí se encontraban: Leopoldo González, Manuel Canciano y Alfonso García Vizcaya.

El 25 de abril de 1952 se distribuyó en Artemisa un manifiesto conjunto del Partido Ortodoxo y el PSP de la localidad contra el régimen dictatorial y a finales de este mismo mes, bajo la conducción de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), se efectúa en el Parque Libertad de Artemisa un acto para jurar la Constitución de la República de 1940, varios estudiantes fueron

²² José R. Ponce Díaz: posteriormente formó parte del grupo de artemiseños que participó en las acciones del 26 de julio de 1953.

²³ Ángel Luis Beltrán Calunga: *Después del asalto*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007, p. 208.

detenidos tras el inevitable enfrentamiento cuerpo a cuerpo con las fuerzas represivas.

El 20 de mayo, distintas fuerzas opuestas al golpe, principalmente el Partido Socialista Popular y la Juventud Ortodoxa, realizaron un acto en el parque de Artemisa en horas de la mañana. Fue tal la repulsión expresada contra Batista, que terminó con la detención de los oradores: los hermanos Héctor y Manuel Canciano.

En ese mes, en el mismo escenario, la Juventud Ortodoxa y la Juventud Socialista efectuaron un acto en contra la tiranía batistiana, donde se produjo igualmente una fuerte confrontación con la Guardia Rural en la que abundaron las piedras, los planazos de machetes y los disparos.

A todas esas manifestaciones organizadas por el Partido, se sumó un hecho de gran relevancia por el papel que desempeñó y los objetivos que perseguía: la constitución del Comité de Lucha en el Centro Rutas 35 y 48, al frente del cual se hallaban los miembros del Partido Socialista Popular, Reinaldo C. Díaz, Ponce, y Oscar Llanes. Este comité iba a centrar su lucha en la defensa de los intereses de los trabajadores, como eran los despidos injustos, el turno fijo y el aumento salarial, además de la división del movimiento obrero, la dictadura batistiana y el mujalismo, a través de la propaganda, volantes y manifiestos que allí se redactaban, y se llegó a crear el periódico *La Guagüita*, representante de estos intereses. Como se puede apreciar, este comité no solo logró una vinculación más estrecha entre el partido y la clase obrera en el municipio —que ocurría desde la década de los años cuarenta—, sino que mostró algunas vías para enfrentar constantemente a la tiranía.

Con el comienzo del año del Centenario del Apóstol, al igual que en el resto del país se declaró el 28 de enero como punto de partida de acciones más comprometi-

das y audaces contra el absolutismo y el avasallamiento dictatorial. Los estudiantes del Instituto de Artemisa y los militantes, de la Juventud Ortodoxa y la Juventud Socialista, convocaron para una manifestación contra la opresión de la dictadura y a los gritos de: “¡Abajo Batista!” “¡Abajo la dictadura!”, recorrieron la calle Martí y llegaron ante el busto del Mestro, en el parque.

Por su participación en este acto, varios compañeros fueron detenidos y puestos a disposición del Tribunal de Urgencias de Pinar del Río. Comenzó entonces un período que iba más allá del elemental careo, de la pugna y la confrontación; se elevó el combate revolucionario a un escalón más alto, el de la lucha armada. Muestra de ello fue la organización del acto conmemorativo por el Día Internacional de los Trabajadores.

Ese día, militantes del Partido Socialista Popular, la ortodoxia y los estudiantes, organizaron una manifestación con la finalidad de sabotear las actividades oficiales preparadas por el régimen y, además, rendirle a Martí el más puro homenaje. La manifestación logró su objetivo y a gritos de “¡Abajo la dictadura!”, “¡Abajo Batista!”, y otras consignas, recorrió las calles hasta llegar al busto de Martí en el Parque Libertad. Por este hecho fueron detenidos y procesados varios compañeros, entre los que se encontraba Manuel Canciano.

Esta ola de manifestaciones contra el régimen no se detuvo, y el primero de mayo de 1953 el Partido Socialista Popular, a través de su intensa labor vinculada a la clase obrera, los ortodoxos y otros sectores progresistas del municipio, organizó una manifestación compuesta por más de mil personas, que llegó ante el busto de Martí, en el parque. Allí hicieron uso de la palabra varios compañeros entre ellos, Manuel Canciano, presidente del Comité Provincial de la Juventud Socialista. Se acordó que el personal se trasladara en marcha hacia la terminal de la ruta 35, por considerar a ese centro

el mejor lugar para finalizar la actividad, convertida en una tribuna de lucha contra la tiranía. Como consecuencia, aparecieron dos yipis del ejército con dieciséis soldados, y al día siguiente detuvieron en sus casas a varios de los participantes, entre ellos a Luis Hurtado, Manuel Canciano y Rodolfo Torres.

A partir del mes de julio se fue materializando la creación de otros Comités de Lucha, como los de los tabaqueros, zapateros y azucareros. Otras de las tareas fundamentales que acometió en este año el Partido fue la creación del Frente Único, con el fin de unificar las fuerzas revolucionarias progresistas del municipio en la lucha por derrocar la tiranía.

Otro elemento demostrativo de la madurez y el alcance que fue tomando la lucha revolucionaria en Artemisa, a partir de la toma de conciencia de sectores claves del movimiento obrero en el territorio, fue la creación, el 5 de julio de 1953, del Comité de lucha contra la mecanización del tabaco, medida que amenazaba con dejar sin empleo a centenares de tabaqueros artemiseños y que, gracias al vigor y la energía puestos que en ello, impidió su aplicación. En ese sentido resaltó la actitud solidaria de algunos sindicatos identificados con la causa de este sector, como fue el caso de la posición asumida por los trabajadores de la Ruta 35, que representados por su más activo agitador, Gerardo Noguera Martínez,²⁴ efec-

²⁴ Gerardo Noguera Martínez, militante del Partido Socialista Popular. Organizador de la huelga de diez días que tuvo lugar en Artemisa por la muerte de Frank País, entre el 2 y el 12 de agosto de 1957. Posteriormente se incorporó al Ejército Rebelde, específicamente a la Columna Invasora no. 2 Antonio Maceo, bajo el mando del comandante Camilo Cienfuegos. Fue el organizador de la Plenaria Nacional Azucarera, celebrada en diciembre de 1958 en General Carrillo, en el Frente Norte de Las Villas. Toda la información referida al Partido Socialista Popular que aparece en este trabajo se debe a su colaboración.

tuó mítines en contra de esa medida en las tabaquerías Villamil y La Hoja Selecta, empleando como apoyo la impresión y distribución de más de quinientos manifiestos.

En el caso particular de Noguera ya había visitado a Carlos Rodríguez Careaga,²⁵ líder obrero y militante del Partido Socialista Popular residente en la capital del país, de quien recibió instrucciones concretas para apoyar en sus demandas al sector de los tabaqueros en Artemisa.

Artemisa en el Moncada

En 1952 se inició una etapa de contactos del abogado Fidel Castro Ruz con la ortodoxia artemiseña, a través de José Suárez Blanco, quien desde entonces y con las orientaciones del joven líder, comenzó a nuclear a su alrededor a lo mejor de aquel grupo de artemiseños.

Las visitas de Fidel a la casa de Pepe Suárez, en Artemisa, se repetían, y en la Logia Evolución se reunió con algunos jefes de células, a quienes Pepe Suárez había estructurado en una especie de célula central en la que se encontraban Ramiro Valdés Menéndez, Julito Díaz, Pepe Ponce, Severino Rosell y Gerardo Granado.²⁶ La entrada a la logia la facilita Ramón Pez Ferro,²⁷ que era

²⁵ Carlos Rodríguez Careaga fue asesinado en noviembre de 1958 junto al líder obrero Saturnino Aneiros. Es uno de los seis mártires de la lucha clandestina del municipio de Artemisa, junto con Eduardo García Lavandero, Adolfo Delgado Rodríguez, Gilberto López Bosch, Julio García Rodríguez y Ramón Mordoche Miranda.

²⁶ Gerardo Granado Lara, hermano del mártir moncadista Guillermo Granado Lara, abandonó el país después del triunfo de la Revolución.

²⁷ Ramón Pez Ferro, entonces estudiante del Instituto de Segunda Enseñanza de Artemisa. Fue el único sobreviviente de los combatientes bajo las órdenes de Abel Santamaría Cuadrado, gracias a

en esta institución Perfecto Guía de la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad (Ajef). Fidel también visitó algunos lugares escogidos por sus condiciones para efectuar prácticas de tiro,²⁸ puntos cardinales para la gestación y organización incipiente del movimiento revolucionario.

Organizada la acción que marcaría el reinicio armado del proceso revolucionario cubano, el 24 de julio de 1953 treinta artemiseños reunidos en seis células clandestinas partieron de Artemisa rumbo a La Habana, convocados por el movimiento revolucionario y por Fidel. De ellos:

- Dos cayeron en combate: Flores Betancourt Rodríguez y Carmelo Noa Gil, escogidos por el propio Fidel para trasladarse hasta el Moncada en el primer carro y penetrar por la posta no. 3.
- Nueve fueron asesinados el mismo 26 de julio o en días posteriores:

Guillermo Granado Lara,²⁹ Tomas Álvarez Breto, Antonio Betancourt Flores, Rigoberto Corcho

la intervención de un veterano de la guerra por la independencia que lo hizo pasar por su nieto. Pez Ferro es el autor del libro *El único sobreviviente*, publicado en 2013, por la Editorial José Martí.

²⁸ Los lugares donde se realizaban estas prácticas de tiro fueron: finca Larrazábal, en Bayate, Candelaria; finca San Miguel, en Capellánías, Caimito; finca La Tentativa, en Artemisa; finca Las Tumbas, en Cayajabos, Artemisa; finca Sánchez, en El Dagame, entre las Cañas y Artemisa. Esta finca era propiedad del suegro de Ricardo Santana Martínez, el artemiseño que, en uno de los automóviles empleados en la acción del 26 de julio de 1953, rescató a Fidel después del asalto al Moncada. Este suceso se encuentra recogido en el libro *El artemiseño que rescató a Fidel*, del coronel Enrique Garcés Montero, publicado por la Editora Política, en el 2012.

²⁹ De acuerdo con la información existente en el Mausoleo a los Mártires de Artemisa, Guillermo Granado Lara cayó en combate, el 26 de julio de 1953, en las inmediaciones de la posta no. 3.

López, José Antonio Labrador Díaz, Ismael Ricondo Fernández, Emilio Hernández Cruz, Gregorio Careaga Medina, Marcos Martí Rodríguez.

- Diecisiete sobrevivieron a las acciones:

Julio Díaz González, Ciro Redondo García, Gerardo Granado Lara, Mario Collazo Cordero, Marino; José Suárez Blanco, Ricardo M. Santana Martínez, Roberto Galán Betancourt, Orlando Galán Betancourt, Severino L. Rosell González, Fidel Labrador García, José R. Ponce Díaz, Ángel Rosendo Menéndez García, Mario Lazo Pérez, Gelasio M. Fernández Martínez, Ramón Pez Ferro, Ramiro Valdés Menéndez, Ramón Callao Díaz.

- Dos se arrepintieron y regresaron a Artemisa desde el poblado de Catalina de Güines 30:

Félix Córdova Alonso y Alfredo Hernández Álvarez.

Otros dos artemiseños, Generoso Llanes Machado, nacido en El Porvenir, y Florentino Fernández León, en Pijigüa, participaron en el Moncada, pero no formaron parte de este grupo, ya que vivían fuera del municipio y no pertenecieron a ninguna de las células creadas por Pepe Suárez en Artemisa.

Verdaderos momentos de angustia, incertidumbre y desesperación vivió Artemisa en los días posteriores a las acciones del 26 de julio. Las familias de los combatientes se encontraban atrapadas entre la sorpresa y la inseguridad, buscando a toda costa informaciones sobre ellos, siempre con la esperanza de encontrarlos con vida. Mientras, la población se solidarizaba con su

³⁰ Poblado que pertenece a Güines y que se encuentra ubicado entre este municipio y Madruga, pertenecientes en la actualidad a la provincia de Mayabeque.

causa, por una parte, sin llegar a pronunciarse políticamente, aun cuando se vincularan de manera directa en el reclamo por su libertad, y por otra, declarando su adhesión al proyecto revolucionario, hecho que —de forma más mediata— se iba produciendo a partir de la convocatoria y la acción desde las filas de la ortodoxia y del Partido Socialista Popular.

Durante todo el año 1954 se fue consolidando la lucha revolucionaria en Artemisa, repitiendo un 28 de enero digno del ideario martiano, cuando en franco ejemplo de unidad de acción las fuerzas de la ortodoxia, del Partido Socialista Popular y de la Juventud Socialista, así como todos aquellos sectores que se oponían a la tiranía batistiana, organizaron una velada en la Sociedad Luz y Caballero. En esta estuvo presente una delegación de veteranos de la guerra de independencia. El resumen del acto fue una condena al régimen de facto. Después los asistentes salieron en manifestación hasta el busto de Martí, en el parque, donde se depositó una ofrenda floral.

El 29 de marzo de 1954 los alumnos del Instituto de Artemisa efectuaron un paro en solidaridad con los estudiantes del Instituto de Pinar del Río, y una manifestación para conmemorar el primer aniversario del asesinato del estudiante Rubén Batista, primer mártir caído en la lucha contra la tiranía. La manifestación recorrió las calles con gritos de: “¡Abajo Batista!”, “¡Asesinos!” y “¡Viva la Revolución!” Frente a la mansión del senador Manuel Pérez Galán, acólito incondicional del régimen de facto, el líder estudiantil Orlando Nodarse Verde³¹

³¹ Orlando Nodarse Verde, posteriormente pasó a la clandestinidad y se convirtió en jefe de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Pinar del Río. Murió el 28 de enero de 1958, luego de haber intentado suicidarse para no volver a sufrir a torturas. Aun así, al resultar fallido su intento, fue nuevamente torturado despiadadamente sin que pudiera arrancársele alguna información que

increpó de forma abierta a la tiranía, concluyendo su intervención con la frase: “La dictadura nos golpea, nos asesina, pero nosotros respondemos con nuestro grito de guerra: ¡Revolución, Revolución!”

El primero de mayo se efectuó un acto en la Sociedad Luz y Caballero, en el cual se expuso la significación de la fecha y se denunció la política antiobrera de la tiranía y sus agentes mujalistas, y concluyó con las consignas: “¡Viva el Primero de Mayo!” “¡Viva el Día Internacional de la Clase Obrera!” “¡Abajo Mujal!” “¡Abajo la dictadura!”, a pesar de que en los portales del centro estaba el comandante Esteban Pérez Pantoja, jefe del escuadrón 65 de la Guardia Rural, con sus esbirros.

Por orientación del Comité Nacional del Partido Socialista Popular, ese año fue creado el Comité Regional Clandestino de esa organización en Artemisa, en la finca El Susset, con la asistencia de representantes de Guanajay, San Cristóbal, Cabañas y el municipio sede. El comité quedó integrado por Luis Hurtado, como secretario general, Gerardo Noguera Martínez, organizador, e Israel Fernández Carmona, financiero. Con este paso el partido creó los vínculos necesarios con todos los sectores revolucionarios de los municipios cercanos. En aquel momento Artemisa contaba con cincuenta y cinco militantes.

El 5 de octubre, aprovechando un mitin politiquero de Ramón Grau San Martín, se efectuó una manifestación revolucionaria que recorrió algunas calles de la ciudad con gritos de: “¡Abajo la tiranía batistiana!”, “¡Fuera Batista!” y “¡Abajo el imperialismo yanqui!”

pusiera en peligro a sus compañeros. Fue ascendido póstumamente al grado de Comandante y su sepelio en Guanajay —su pueblo natal— se convirtió en una manifestación popular que fue disuelta con golpizas y disparos de las fuerzas represivas; en ella resultó herido el padre del mártir.

El año 1955 fue decisivo en la reafirmación y consagración del movimiento revolucionario artemiseño. El 25 de febrero se creó el Frente Cívico de Mujeres Marianas, y tres días después la Federación Obrera Municipal de Artemisa (Foma) para contrarrestar el control del mujalismo en los sindicatos.

El 15 de mayo, después de cuantioso e infatigable batallar, salieron de prisión los combatientes de las acciones del 26 de julio. Entre los amnistiados figuraban siete artemiseños: José R. Ponce Díaz,³² Julito Díaz González,³³ Ciro Redondo García,³⁴ Ramiro Valdés Menéndez,³⁵ José Suárez Blanco, Fidel Labrador García y Rosendo Menéndez García. Fue una victoria popular del pueblo cubano y de los artemiseños, que tanto lucharon

³² José R. Ponce Díaz: marchó a México para sumarse a Fidel, formó parte del contingente expedicionario del *Granma* y, hecho prisionero tras el combate de Alegría de Pío, guardó prisión hasta el triunfo de la Revolución. Se jubiló del Minint con grado de coronel. Falleció el 17 de febrero del 2001, y fue sepultado con todos los honores en el panteón de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en el cementerio de Colón, en La Habana. El duelo fue despedido por su compañero y amigo, el general de división Efigenio Ameijeiras Delgado.

³³ Julio Díaz González: viajó a México para reunirse con Fidel e integró el contingente expedicionario del *Granma*. Cayó en el combate de Uvero, con el grado de teniente, el 28 de mayo de 1957.

³⁴ Ciro Redondo García: se trasladó a México para unirse con Fidel e integró del contingente expedicionario del *Granma*. Cayó combatiendo en Mar Verde, con grado de capitán, el 29 de noviembre de 1957. A propuesta del Che fue ascendido por Fidel al grado de comandante. Es el patriota insigne de la provincia de Artemisa.

³⁵ Ramiro Valdés Menéndez es el único combatiente de la lucha de liberación que participó en las tres gestas más importantes de esta etapa: el asalto al Moncada, el desembarco del *Granma* y la campaña invasora. Al triunfo de la Revolución fue ministro del Interior. Actualmente es miembro del Buró Político del Partido y vicepresidente de los consejos de Estado y de Ministros. Ostenta el título honorífico de Comandante de la Revolución.

por sacar de la prisión a este valiente grupo de revolucionarios.³⁶

El 12 de junio de 1955 se constituyó oficialmente el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, en reunión celebrada en la calle Factoría, en La Habana; el artemiseño José Suárez Blanco integró la dirección nacional y a finales de ese propio mes, con su presencia y la de sus compañeros moncadistas Julito Díaz y José Ponce, se creó esa organización en Artemisa, en la casa del militante de la ortodoxia Arcadio García, en la calle General Gómez no. 28, esquina a General Díaz.

En entrevista personal que realizó Fernández Riesgo a Guillermo García,³⁷ el 30 de julio del año 2007, con el propósito de recopilar y ordenar la información necesaria acerca de la constitución del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Artemisa, este reafirmó que, efectivamente, la reunión se efectuó a principios de junio de 1955, en la sala de su casa, situada en la calle General Gómez no. 28, esquina a General Díaz. Señaló que la propuesta, que hecha a su padre, Arcadio García, activo militante de la Ortodoxia en la Villa Roja, y él la acogió de inmediato con el fervor que le caracterizaba desde su etapa de

³⁶ Tres de estos combatientes, Ramiro Valdés Menéndez, Ciro Redondo García y Julio Díaz González, formaron parte del reducido grupo de sobrevivientes de Alegría de Pío que estaban junto a Fidel en el reencuentro de Cinco Palmas, cuando el líder afirmara: “Ahora si ganamos la guerra”.

³⁷ Guillermo García Ponte, hijo de Arcadio García, dueño de la casa donde se realizó la reunión constitutiva del Movimiento 26 de Julio en Artemisa, en aquellos momentos era un adolescente. Su participación en la reunión solo se justifica por residir en el lugar y se limitó a la observación de lo que allí ocurrió. Posteriormente se incorpora a la lucha clandestina desde las filas del movimiento, jugando un importante papel en algunas de las principales acciones de la organización en el territorio, por lo que en varias ocasiones fue detenido y sufrió prisión en Artemisa, Pinar del Río y el Castillo del Príncipe.

luchador antimachadista. Agregó que el lugar lo escogió Pepe Suárez, debido a que se encontraba a solo media cuadra de la estación de Policía, razón por la cual nadie sospecharía que allí se efectuaría una actividad de tal trascendencia.

Tanto Guillermo como Argelio Mederos, afirman que el grupo de asistentes era de entre veinte y treinta, pero con el concurso de ambos solo se pudo llegar a organizar un listado de dieciséis, y agrega Guillermo que cuando Pepe Suárez, dejó claros los objetivos y planteamientos de la lucha armada como método de enfrentamiento a la tiranía, combinando el combate clandestino en las ciudades con la lucha guerrillera, algunos de los asistentes abandonaron el local.

En la reunión, como es lógico en condiciones de clandestinidad, no se levantó acta ni se dejó otro tipo de constancia escrita que pudiera implicar a alguno de los participantes y poner en peligro a la organización. Si quedó guardada hasta el triunfo de la Revolución la bandera cubana que acompañó la sesión, la que Pepe Suárez entregó a Félix Valdés, segundo secretario del PCC en Artemisa, en ocasión de constituirse la Comisión de Combatientes de la Lucha Clandestina y del Ejército Rebelde en el municipio. Se desconoce el destino final de esa bandera.

En el caso de Artemisa, el acto de fundación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio no hizo más que reafirmar la organización que ya existía en el municipio. A partir de ese hecho cristalizó la lucha insurreccional en la Villa Roja, pero sobre la base de los trabajos previos realizados por Pepe Suárez y contando con el entusiasmo y la preparación de un grupo de jóvenes que, aun después de haber recibido la preparación para participar en las acciones del 26 de julio de 1953, no fueron seleccionados para ello, así como con el concurso de otro grupo que poco a poco se fue sumando a la organización.

Participantes en la reunión:

José Suárez Blanco	Moncadista, a quien Fidel le orientó la constitución del movimiento en Pinar del Río. Ya fallecido.
Jaime Costa Chávez	Moncadista y expedicionario del <i>Granma</i> . Traidor a la Revolución.
José Ponce Díaz	Moncadista y expedicionario del <i>Granma</i> . Ya fallecido.
Julito Díaz González	Moncadista y expedicionario del <i>Granma</i> . Cayó en el ataque al Uvero.
Gerardo Granado Lara	Moncadista, abandonó el país a principios de la Revolución.
Arcadio García	Destacado militante de la ortodoxia y dueño de la casa. Ya fallecido.
Julia Francisca García Ponte	Hijos de Arcadio.
María García Ponte	
Guillermo García Ponte	
Arnaldo Pérez Rodríguez*	Secretario general de la Juventud Ortodoxa en Artemisa, expedicionario del <i>Granma</i> . Ya fallecido.
Argelio Mederos Masa	Secretario de propaganda y divulgación de la Juventud Ortodoxa.
Estrella Alonso	Perteneciente a las Mujeres Martianas. Abandonó el país tras el triunfo de la Revolución.
Miguel Martínez	Traidor a la Revolución.
René Rivera Rodríguez	El Charro. Ya fallecido.
Azcuy	Un compañero de Mariel, de piel negra. Se desconoce su actual situación.
Villamil	Residía en Las Cañas y trabajaba en la fábrica de cemento. Ya fallecido.

* Arnaldo Pérez Rodríguez: expedicionario del *Granma*. En agosto de 2007, en entrevista que le realizara Fernández Riesgo, ratificó las informaciones ofrecidas un mes antes por Guillermo García y Argelio Mederos acerca de la fecha, lugar y participantes en el acto de fundación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en Artemisa.

En sus inicios, un reducido grupo de compañeros integraron la dirección del movimiento: René Rivera, coordinador; Rolando López Barbería, Totó Cabeza, auxiliar; Abelardo Bolumén, finanzas, y Orlando Nodarse Verde, su jefe en la provincia de Pinar del Río, para quienes se inició una etapa de gran actividad. Ante todo tenían como premisa fundamental para alcanzar el triunfo, la incorporación de nuevos miembros que fortalecieran la lucha.

Puede afirmarse que ya a finales 1955 el objetivo había sido cumplido. El movimiento contaba con un número considerable de compañeros que integraban sus filas: Enrique Corrales, del Frente Obrero de la Ruta 35; Enrique Hernández, Pipilo; José A. Sierra, Changó; Sergio Perdomo, Rafael Álamo (traidor), Guillermo García, Salvador Tejeda, Diomedes Ruiz, Tomás Hernández, Coca Cola; Orlando Díaz López, el Aguador; Carlos Rivera, Ñeo; Armando Valdés, Manolo Martínez, Antonio Albite, Jorge Borrego, el Güiro; José A. Santo, Carlos Pérez Careaga, Caqui; Lucas Ponzoa, Ramón Mordoche, Reinaldo Velásquez, Hipólito Puentes, Julieta Llorens, Caridad Pereda, Caruca; Estrella Alonso (traidora), Caridad Suárez, Pedro Barata, Angelina Nodarse, José Antonio Fernández, Pepe el Sordo; Rafael Collazo, Juan Lagartija; René Collazo, Alberto Hernández, Willy Quintana, Alex Aguilú, Faustino Hernández, Tito el Barbero; Tito de Jesús Hernández, Agustín Amador, Carlos Tapia, y José Francisco Lavandera, Tito, entre otros.

Además encaminaron sus pasos a la recogida de dinero para remitirlo a México y así ayudar a la dirección nacional del movimiento. Durante el año 1955 e inicios de 1956, se logró consolidar la organización en la localidad, como punto de partida para reiniciar la lucha armada en contra la tiranía. Entre los factores decisivos para ello se contó con la participación del estudiantado

artemiseño, que el 27 de noviembre de 1955, al cumplirse el aniversario ochenta y cuatro del fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, recordaron ese hecho con un acto en el Instituto de Segunda Enseñanza, al cual asistió el doctor Gustavo Aldereguía, y donde se denunciaron los crímenes de la tiranía. A comienzos de 1956, los alumnos de ese centro intentaron tomar el plantel en protesta por los crímenes del régimen y con el propósito de mantener el estado de agitación en ese centro docente. Intervino la Guardia Rural con el teniente Reyes Ruiz al frente. La valiente actitud de la doctora Mercedes Gómez, evitó un enfrentamiento entre los cuerpos represivos y los estudiantes.

En abril de este mismo año se fundó la Federación de Estudiantes Revolucionarios de Artemisa, cuyos miembros conformaron más tarde el frente estudiantil del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, haciendo indetenible la lucha insurreccional hasta el triunfo definitivo. Esto, unido a las tradiciones patrióticas artemiseñas, provocó que el 17 de enero de 1959, durante su recorrido hacia Pinar del Río, el líder de la Revolución expresara que: “bien puede llamarse a Artemisa el pueblo más revolucionario de Cuba”.

Bibliografía

Mario Lazo Pérez: *Recuerdos del Moncada*, Editora Política, La Habana, 1987.

_____ : *Artemisa: uno de sus héroes*, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1973.

Mario Mencía: *Moncada. La respuesta necesaria*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2013.

Otras fuentes:

- Periódico *Juventud Rebelde* del 25 de julio de 2014.
- Museo Municipal Manuel Isidro Méndez, en Artemisa.

Entrevistados:

Mabel Martínez Deuloufeu

Marta Prieto Valdés

Héctor Canciano Laborí

Gelasio Fernández Martínez
María Luisa Ricondo Fernández
Ramón Pez Ferro
Gilda y Sergio Álvarez Durant (hijos de Tomás Álvarez Breto)
Blanca Rosa Hernández Cruz (hermana de Emilio Hernández Cruz y vecina de Julito)
Pedro Ricondo Fernández (hermano de Ismael)
Sergio Redondo García (hermano de Ciro)
Paulino Díaz González (hermano menor de Julito)
Sonia Betancourt Acosta (hija de Flores Betancourt)
Francisco Acosta, Colo (vecino de Pijirigua)
Daniel Suárez Rodríguez (presidente de la filial provincial de la Unhic en Artemisa).

Índice

Al lector / 13

La fragancia de Artemisa / 17

Horas antes / 19

La cuna y el barrio / 29

Pijirigua desde el corazón / 33

Contra la tiranía / 39

Remembranzas / 49

La Logia y los muchachos / 51

Fructíferos encuentros / 54

Con Fidel en la Logia / 55

Toda la vida / 59

La partida de Gelasio / 61

La agonía de no saber / 64

La cara de la verdad / 65

El regreso de Gelasio / 66

<i>Exigió la foto de su padre</i>	/ 67
<i>Estas flechas de coraje y sonrisa</i>	/ 71
<i>Honestos, sencillos...</i>	/ 72
<i>Julito: simpatía y valor</i>	/ 75
<i>La triste noticia de su muerte</i>	/ 78
<i>Tomás, padre amoroso</i>	/ 81
<i>Con Pez Ferro en el hospital</i>	/ 85
<i>Artemiseños participantes en el ataque al Moncada</i>	/ 91
<i>Caídos en el asalto:</i>	/ 91
<i>Asesinados:</i>	/ 92
<i>Sobrevivientes:</i>	/ 92
<i>Muertos en combate durante la lucha insurreccional:</i>	/ 93
<i>Medios en que los artemiseños se trasladaron de La Habana a Santiago de Cuba</i>	/ 93
<i>¿Contra qué fuerzas se lanzaron los asaltantes?</i>	/ 95
<i>Efectivos existentes en las instalaciones atacadas</i>	/ 96
<i>Sangrienta orgía</i>	/ 97
<i>Mi debut como abogado</i>	/ 99
<i>Huellas del alma</i>	/ 105
<i>Ciro</i>	/ 106
<i>Julito</i>	/ 108
<i>Ni olvidados ni muertos</i>	/ 111
<i>Pasión y amor en una obra</i>	/ 114
<i>Promover la historia y el patrimonio</i>	/ 115
<i>Relación de los combatientes (17) cuyos restos reposan en la Cámara Mortuoria del Mausoleo</i>	/ 118

Con Fidel se rompe el protocolo / 119

Su calor humano / 120

¡Qué presidente hace eso! / 121

Anexos

Anexo 1 / 127

De acusado en acusador / 127

Anexo 2 / 132

Fundación del Movimiento Revolucionario

26 de Julio en Artemisa / 132

Reacción local ante el golpe de estado
batistiano / 136

Artemisa en el Moncada / 141

Bibliografía / 153

¿Qué motivos guiaron al nutrido grupo de artemiseños que, como parte de la Generación del Centenario. ¿Qué motivos guiaron al nutrido grupo de artemiseños que, como parte de la Generación del Centenario liderada por el joven abogado Fidel Castro Ruz, el 26 de julio de 1953 atacaron el cuartel Moncada, de Santiago de Cuba? ¿Cómo justificaron ante sus seres más queridos su ausencia por varios días? ¿Qué ocurrió en sus respectivos hogares tras conocerse su participación en los sucesos de ese día en la capital oriental? De esto y otras cosas más, trata *Los muchachos de Artemisa*, elaborado a partir de testimonios de algunos participantes y familiares de los compañeros muertos en la acción o asesinados en horas inmediatamente posteriores a ella. Es, en sí, un modesto homenaje a aquellos jóvenes que no dudaron en lanzarse a conquistar la libertad de la patria tiranizada.

María de las Nieves Galá León (Artemisa, 1961): Licenciada en Periodismo y M. Sc. en Didáctica de las Humanidades. Fundadora del periódico *Bastión*, ha laborado en Radio Rebelde, el periódico *Trabajadores*, y en la revista *Bohemia*. Es autora del libro *Los Rodiles: Pasión de Siempreviva*, en esta propia casa editorial. En el 2018, obtuvo mención en el Concurso 28 de Julio de las FAR con el testimonio Destino: Cabinda. En el 2004 recibí la Réplica del Machete de Máximo Gómez que otorga el Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Felipa Suárez Ramos (La Habana, 1948): Licenciada en Periodismo. Ha laborado en la Sección de Historia de las FAR —posteriormente Centro de Estudios de Historia Militar—, y los periódicos *Bastión* y *Trabajadores*. Es fundadora de la Casa Editorial Verde Olivo, con la cual continúa colaborando en labores de edición, al igual que con el periódico *Trabajadores*, donde se acogió a la jubilación. Ha publicado, entre otras, las obras *Una mancha azul hacia el occidente. Historia de la Columna Invasora no. 8 Ciro Redondo; A escasos metros del enemigo. Historia de la Brigada de la Frontera*, y *Camilo en la memoria*, todas en colaboración. En el 2015 recibí la Réplica del Machete de Máximo Gómez que otorga el Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.



Casa Editorial
Verde Olivo